

3246
480
8690

LAS GEMELAS

DOS OBRITAS NOVELESCAS DEDICADAS

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

TITULADAS

EL ÚLTIMO CARTUCHO

Y

LA HISTORIA DEL PAJARERO

HALLADAS ENTRE LOS FRAGMENTOS DE UNA CASA DE LA CALLE DEL MERCADO DE LA MISMA
CIUDAD Y PUBLICADAS

POR

E. V. RODRIGUEZ DÁVILA



MADRID

Imprenta de Berenguillo, Huertas, 70.

1871

G-F 11369

LAS GEMELAS

AL ACUEDUCTO DE ZEGOVA

EL ÚLTIMO CARTUCHO

LA HISTORIA DEL PALABERO

E. V. RODRÍGUEZ DÁVILA

MADRID

Imprenta de Hecanografía, Número 20

1871

LAS GEMELAS

~~~~~



# LAS GEMELAS

DOS OBRITAS NOVELESCAS DEDICADAS

## AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

TITULADAS

### EL ÚLTIMO CARTUCHO

Y

### LA HISTORIA DEL PAJARERO

HALLADAS ENTRE LOS FRAGMENTOS DE UNA CASA DE LA CALLE DEL MERCADO DE LA MISMA  
CIUDAD Y PUBLICADAS

POR

E. V. RODRIGUEZ DÁVILA



MADRID

Imprenta de Berenguillo, Huertas, 70.

1871.

LAZ GEMELAS

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

EL ÚLTIMO CARTUCHO

00381A9 DEC

Es propiedad del Autor, que se reserva todos sus derechos.

499

E. V. RODRIGUES DA SILVA

MADRID

1781



R.127340

## PRÓLOGO

Lector ó lectora: Como tendrás curiosidad en saber, con todos sus pormenores, el modo como vinieron á mis manos las dos obritas cuyos títulos aparecen en la hoja primera de este libro, te voy á decir el cómo, el cuándo y la manera como sucedió.

En un día del mes de las flores estaba yo derribando una casa en la calle cuyo nombre ya sabes, ó por mejor decir, la derribaban los albañiles por capricho mio.

Era la una de la tarde, hora en que aquellos, segun su costumbre, habian dejado su faena, yéndose á comer con sus familias. Me quedé, por consiguiente, solo en medio de aquellas ruinas, que yo contemplaba con satisfaccion, gozando con toda mi alma y pensando al mismo tiempo en lo perecedero de las cosas humanas.

Mirándolas estaba de hito en hito, cuando de repente me vino á la imaginacion un pensamiento raro, y un sí es no es triste para mí, porque exclamé para mis adentros: «Aquí me voy á gastar hasta *el último céntimo*, y voy á quedar tan pelado como sale un pájaro de manos de un *pajarero*».

Apenas concluí de hacer este soliloquio interno, cuando apercibo entre los témpanos de ladrillos y argamasa un fragmento de papel, y como soy casi tan curioso como una monja, me bajo, le cojo, le soplo, le desdoble y leo en letra romana: EL ÚLTIMO C..... ¡Diablo! exclamé, esto sí que es brujería ó se parece tanto como un huevo á otro; porque, ¿puede darse caso más admirable que adivinar á uno sus propios pensamientos? Pero no dándome por satisfecho con aquella creencia y dejando á un lado tales niñerías, me propuse apurar la verdad del misterio que aquí pudiera encerrarse.

El fragmento de papel daba á entender, por el corte imperfecto que tenia y por la interrupción del escrito, que formaba parte de otro que debia hallarse no lejos de allí.

Con el gran deseo de encontrarle, eché mano de un pico y me puse á urgar y revolver aquellos escombros.

Muy poco habria trabajado, cuando observé que

entre ellos habia un pequeño rollo de papeles que cogí arrebatadamente con ambas manos.

Á la primera hoja del cuaderno le faltaba un trozo, y á continuacion decia: ARTUCHO.

Enseguida me convencí de que el primer fragmento correspondia á este sitio del cuaderno, porque aplicándole observé que su sentido era completo, pues que todo junto decia: EL ÚLTIMO CARTUCHO.

Muy contento con este descubrimiento, seguí hojeando y leyendo á saltos el cuaderno, y me pareció que el escrito era un cuento, comedia ó novela, pues de todo participaba, y aunque corto y sencillo, me pareció además que no era despreciable.

Al final de él, pero con la debida separacion, se leia en los mismos caracteres de letra lo siguiente: LA HISTORIA DEL PAJARERO. Aquí llegó el asombro á su colmo, al verme segunda vez cogido *in fraganti* y de una manera que no se usa.

En fin, fijando la vista sobre esta historia, conocí que era un poema en octavas, que contenia la descripcion de una de las costumbres más antiguas y aferradas entre los segovianos y la única que, como el Acueducto, ha resistido el ímpetu de las infinitas calamidades que han llovido sobre este pueblo muchos siglos há.

Tambien se ve que quiso el autor aprovechar esta

circunstancia para incluir en él una ligera reseña, ó como si dijéramos, una descripción á vista de pájaro de lo más notable que encierra la ciudad en edificios de antiquísima y extraña arquitectura.

Diga ahora el lector si no fué rara y extraordinaria la coincidencia del hallazgo de estas dos obritas con los pensamientos que me acompañaban, fenómeno que no es fácil explicar. Solo una verdad podemos deducir de aquí, y es que al derribo de esta casa se debe únicamente el que hayan salido á luz.

Cuánto tiempo hayan podido estar aquí enterradas y á quién podrán pertenecer, solo ellas lo podrán decir. Por la construcción que tenía la casa derribada, no podemos sacar nada en limpio: además que su fábrica pertenecía á tres épocas distintas. Una parte presentaba indicios de corresponder á los principios de este siglo; otra, hacía los años mil cuatrocientos de nuestra era, y otra, en fin, que era la mayor, al mil cuatrocientos antes de Cristo.

En resúmen, tales han sido las circunstancias que acompañaron al hallazgo de EL ÚLTIMO CARTUCHO y LA HISTORIA DEL PAJARERO; y como se encontraron juntas, el que las publica no ha querido separarlas, y juntas se las propina al público, y por eso tambien las ha dado el título de GEMELAS.

Si ellas son buenas, á mi capricho y á estas ruinas deberá el lector el buen rato que puedan darle; y si son malas, yo me lavo las manos, como hizo el célebre mozo que todos sabemos, porque no siendo mias, sino de su autor, su alma en su palma; y no te digo más, lector, sino que cuide de tí Aquel que nos crió y todos los dias nos sustenta.



## DEDICATORIA

AL

## ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

### EXCELENTE MONUMENTO:

*Si tuviérais poder para ello, os causaria admiracion el ver que el último de vuestros paisanos, no solo ha osado tomaros en boca, sino que ha llegado hasta el extremo de dedicaros su desaliñado y mezquino trabajo.*

*Pero si en vos pudiera tener lugar la reflexion, vendríais á convenir que al autor de EL ÚLTIMO CARTUCHO y LA HISTORIA DEL PAJARERO, como á todo segoviano, le corresponde y nadie puede disputarle el derecho de haceros un homenaje, de cualquier naturaleza que sea, en justa remuneracion de tantos beneficios como habeis hecho, de tanta honra como dais y de tan venerable ancianidad como teneis y que tanto os da á respetar.*

*Y es, en efecto, tan legítimo este derecho respecto del*

Autor, cuanto que su entusiasmo al contemplaros le llevaba hasta el extremo de querer elevar por sí solo otro monumento á vuestro lado.

Pensó, Excmo. Señor, en su arrebató, levantaros una fuente monumental, digna de vos, en mitad de la plaza del Azoguejo, donde teneis vuestro más hermoso asiento, con la condicion precisa de arrojar agua incesantemente, en tanto que vos la condujéseis; pero un fatal NON POSSUMUS se le ponía delante.

Siguiendo en su delirio, ideó sucesivamente otros numerosos y diferentes proyectos, que al fin daban siempre por resultado la misma imposibilidad para un paisano vuestro escaso de recursos.

Ya desesperaba de poder hallar medio alguno que le facilitase el pagaros la deuda que él mismo se había impuesto para con vos, cuando se le ocurrió tomar la pluma y escribir las dos obritas causa única de esta dedicatoria.

Ellas son cortas y de poco nervio, pero, Excmo. Señor, cada uno hace lo que sus fuerzas permiten, y obligarle á más sería una crueldad.

Dispensadle, pues, de tanto atrevimiento, del cual no ha podido prescindir. Primero, porque el Autor y todos sus abuelos nacieron á pocos pasos de distancia de V. E.: segundo, porque él y sus paisanos son agra-

*decidos, pues saben que hace veinte siglos que estais apagando la sed del segoviano, que regais sus jardines y habeis alimentado sus fábricas y artefactos. Saben que ha dependido, depende en la actualidad y dependerá siempre de vos la existencia de Segovia. Porque, en resúmen, sin vos, ¿qué seria de ese árido peñon? ¿Quién le habitaria?*

*V. E., además, sois la honra de este pueblo, á la vez que una joya en la nacion, donde acaso seais el decano de sus más ilustres monumentos, con la doble y feliz suerte de conservaros firme é indeleble desde aquel remoto dia en que os asentaron la primera piedra.*

*Mereceis tambien, por otros mil conceptos, el respeto mayor, porque sois una historia llena de elocuencia, aunque escrita en dura piedra.*

*Vos habeis presenciado, en el trascurso de tantos siglos, las diferentes alternativas de gloria y miseria por que ha pasado este pueblo, y aún le sosteneis en su desgracia.*

*Vuestra fama es grande por dentro y fuera de España, porque en todas épocas y tiempos disteis paso por entre vuestros altos y elegantes arcos á los ejércitos y caudillos de todas naciones. Por vos pasaron los romanos, godos, árabes y tercios castellanos; y en tiempos más modernos, y con nuevas denominaciones, los*

alemanes, ingleses, franceses, italianos y portugueses. Vos visteis brillar el sol de la libertad en Castilla, y como consecuencia de ella, su preponderancia, á la vez que la gran poblacion de Segovia, que luego visteis desaparecer año por año y de generacion en generacion, á impulso del más fiero despotismo, que pretendió encerrar en una mano de hierro las voluntades, los pensamientos y el sudor de todos los hijos de España.

Hé aquí expuestos los motivos que sirven de excusa al Autor al dedicaros su escaso trabajo literario, y, puesto que es hijo legítimo vuestro, porque, verdaderamente, no hubiera salido á luz si vos no existiéreis, acogedlo bajo la egida de vuestra fama.

Si en él hay algo de bueno, á vos os corresponde, porque lo malo es hijo de la debilidad del Autor, pues que vos no podeis inculcar en el ánimo del que os mira bajos ni viles pensamientos; y quedará rogando al Todopoderoso, que os conservó tantos años, para que siga protegiéndoos hasta el fin de los siglos.

EL AUTOR.

# EL ÚLTIMO CARTUCHO

PRIMERA GEMELA

DEDICADA

## AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

POR

E. Y. RODRIGUEZ PÁVILA.

# EL ÚLTIMO CARTUCHO

PRIMERA OMISSIÓN

AL ACUERDO DE SEGOVIA

## I

### **Redoble.**

Las doce de la media noche daban en el reló del antiquísimo edificio de San Francisco; pero sonaban de una manera extraña, desusada y descompuesta: á veces parecia que el sonido de la campana venia de lejos: otras, de solo diez pasos de distancia, bien así como si el reló estuviera dotado de la facultad de locomocion: unas veces daban lentamente, y otras tambien con gran celeridad: ora, en fin, eran lúgubres, ora alegres.

Y ¿saben los que esto leen cuál era la causa de este fenómeno? Nos parece que no lo adivinarán, y por consiguiente, nuestro deber es decírselo.

Consistia, amados lectores, en que en aquellos instantes habia dos almas en pena que sufrían horrorosos padecimientos, horrible martirio, y como estas almas pertenecian á los cuerpos de dos bienaventurados, hasta la campana mostraba sentimiento y lo manifestaba en sus ecos.

Además, habia otra causa más natural y tangible.

El famoso Eolo, el Dios de los vientos, habia desatado aquella noche sobre la ciudad de Segovia, hoy tan tranquila como revoltosa fué en diferentes épocas de antiguos tiempos, las cincuenta bocas de su fuelle descomunal, y su amigo Neptuno habia soltado los diques de todos los mares y rios conocidos y desconocidos, de los cuales es el solo dueño y legítimo señor.

Digamos, en fin, con toda claridad, que llovía á torrentes y hacia un vendabal espantoso.

La noche, por decontado, era oscura como boca de lobo (ó de gato, porque es indisputable que de tenerla oscura el uno la ha de tener tambien el otro); todo esto, pues, iba unido á una música general de tejas, vidrieras, puertas y ventanas.

Por lo demás, todo reposaba en Segovia, todos dormían, á excepcion, sin embargo, de los que estaban despiertos.

Uno de éstos era, sin ningun género de duda, un

individuo que en aquellos momentos bajaba por la calle de San Juan, en direccion á la plaza del Azoguejo.

Envuelto y arrollado en su capa, ésta y su sombrero le daban gran quehacer, sin poder manejarse apenas con una y con otro; tal era la fuerza del viento y el azote de la lluvia.

Pasó por debajo de uno de los arcos del Acueducto, sin levantar la vista ni cuidarse en nada de aquel admirable monumento, y entró en la plaza del Azoguejo.

¿De dónde venia? y ¿adónde iba? Es cosa que no podemos explicar ahora.

Baste decir que siguió su camino por la calle Real arriba, y que despues le perdimos de vista: la Magdalena le guie.



## II

### **El diablo asoma los cuernos.**

En el año de 1780 vivia en la ciudad de Segovia, donde era natural, un jefe militar, retirado del servicio.

Era viudo, y tenia en su compañía una hija única, por nombre Emilia.

Esta jóven tenia diez y ocho años, y era lindísima, y lista como una centella; cualidades que tenian al papá entusiasmado y lleno de orgullo, y la queria con todo su corazon: por decontado que ella le correspondia de la misma manera, y su cariño hacía él era sin limites, tanto más cuanto que era el único sér que habia conocido, pues su madre habia fallecido al tiempo de darla al mundo.

Tenia el general un amigo, tambien militar retirado, solteron, que D. Cándido se llamaba.

Éste y su hija Emilia constituian su compañía, su tertulia, y, si se quiere, su única felicidad.

Cada uno por su estilo contribuian á ella.

D. Cándido era el obligado á sacar perpétuamente á luz los lances de antiguas campañas, de marchas y contramarchas, buenos y malos alojamientos y apuros de todas clases.

Emilia, por su parte, presentaba á la vista de los dos veteranos sus delicadas labores de mano, ó bien los entretenia tocando y cantando al piano alguna alegre tonadilla.

Pasaban, pues, sus dias en esta dicha envidiable, y hubieran continuado en ella hasta que cada uno por su parte hubiera concluido su mision en el mundo, cuando el diablo, que es tan pícaro como rubio, se empeñó en turbarles la felicidad, tratando de introducir en ellos la cizaña.

Este perillan veia que se le escapaban de entre sus uñas las almas de estos felices mortales, cosa punto ménos que imposible, segun testimonio del padre fray Balbino de Rivera, y para evitarlo empezó sus trabajos de zapa echando mano de D. Cándido.

Una noche en que éste, segun la costumbre, acudia

á la tertulia de su amigo, aprovechando la ausencia de Emilia, dijo al general:

*apn*  
*G*  
*Los*  
—Amigo mio, hace ya algunos dias que he tenido la intencion de descubrirle un suceso raro, maravilla, prodigio ó lo que pueda ser, porque yo mismo no puedo darme cuenta de ello; pero la presencia de Emilia siempre me lo ha impedido. Hoy, que no está delante, estoy en el caso de explicároslo.

*Y a*  
*Los*  
—Decid, amigo mio, contestó el general con acento curioso; y D. Cándido continuó así:

—Hace unas cuantas noches que, al venir á vuestra casa y al retirarme de ella, he observado que alrededor de las tapias de vuestro jardin hay siempre una sombra, espectro ó cosa por el estilo (es de notar que don Cándido era muy corto de vista), y queriendo yo tratar de averiguar lo que podia ser, notaba que, á medida que me iba acercando, la sombra se movia, y luego desaparecia de mi vista y de mi alcance. Yo, general, no puedo explicarme este fenómeno, y he creido deber ponerlo en vuestro conocimiento para que vos, que sois más lince que yo, podais descubrir la verdad de este caso, tan fuera de los límites ordinarios.

Con grande atencion escuchó el general el relato de su amigo, y como era un bravo y verdadero militar, y por lo tanto nunca habia llevado su debilidad hasta el

extremo de creer en duendes, fantasmas y aparecidos, creencia muy corriente en aquellos tiempos, reflexionó un instante, y dedujo la consecuencia más natural del mundo; es á saber: que su casa era rondada, manifestándolo así á su amigo, el cual agradeció el descubrimiento, y le aseguró que él procuraría aclarar pronto aquel misterio.

En efecto, al día siguiente llamó el general á su gabinete á su criado Antonio, y le contó lo que ocurría, añadiendo al terminar:

—No hay que dudar, Antonio, que el que ronda mi casa es algun ladrón.

—Perdóneme V., señor amo, si le interrumpo. A mí me parece que el que ronda la casa no es ladrón, ó por lo ménos, no es de los ladrones que al amo se le figuran.

—¿Luego es decir, replicó el general, que tú también sabes algo?

—Sí, señor, contestó el criado; quiero decir, de cierto no, pero algo más que D. Cándido, sí, señor.

—Pues habla y explicámelos todo, dijo el general.

—He visto, continuó aquel, que el que hace la rueda no es ciertamente al jardín, como cree D. Cándido, sino á la señorita Emilia.

No sufrió mayor trasformación el puerto de Rodas

cuando perdió el equilibrio, resbaló y se cayó, para no levantarse jamás, el famoso Coloso, como quedó transformado el semblante del anciano militar cuando tal oyó á su criado.

Vivia por su Emilia y para su Emilia: ella era el apoyo de su ancianidad, su entretenimiento, y sin ella, como él decia, su vida seria triste ó haria muchos años que hubiera sucumbido: y ahora se la imaginaba perdida para él, que iba á quedar solo y abandonado en el mundo.

Es preciso imaginarnos por un momento que nos hallamos en el caso del general, y solo así podremos comprender la terrible impresion que en él causarían las palabras de Antonio, con quien se encaró, con las facciones desencajadas, y furioso é irritado hubiera descargado sobre él su improvisada cólera, si en medio de ella no se hubiera detenido por la reflexion.

Quizá su criado se habria engañado, y sobre todo, pensó que, como quiera que fuese, no debia aparecer débil ante él. Así es que, con la celeridad del rayo, compuso su semblante y quedó sereno.

—Antonio, le dijo, no es creible lo que acabas de decirme, y acaso sea todo una equivocacion ó ilusion tuya.

—Podrá ser muy bien lo que V. dice, señor, con-

*Chalco*

testó el criado, que comprendió bien el estado intranquilo de su amo; porque efectivamente, cuando yo tuve esta figuracion reinaba tan gran oscuridad, que no permitia distinguir los objetos; así es que creo ha sido realmente un error mio, por lo cual le pido mil perdones.

—Está bien; basta, dijo el general.

Y despidiendo al criado, quedó solo en su gabinete, donde dió rienda suelta á su cavilacion, sin poder apartar su pensamiento de las palabras de Antonio, de aquellas que tanto le impresionaron y que el militar creia firmemente.

### III

#### **El enemigo de frente.**

Hallándose en este triste estado, entró su hija, contenta y alegre como siempre; pero al dirigir la vista al anciano, y observando demudado su semblante é impasible en su sillón, contra su costumbre en tales casos, se detuvo en sus alegres demostraciones, y acercándose á él, le habló cariñosamente, diciéndole sobresaltada:

—¿Qué teneis, papá? ¿Estais malo? ¿Sufrís?

—¡Ah! Sí; mucho, hija mia. Un acontecimiento inesperado para mí me ha trastornado, y solamente tú podrás sacar de esta angustia á tu papá; dime, ¿es verdad que siempre me conservas todo tu cariño, que to-

dos tus pensamientos, que todos tus gustos se dirigen á hacer feliz á este pobre anciano?

—¿Y por qué me haceis, papá, esas observaciones? contestó asombrada su hija.

—Respóndeme á lo que te pregunto, replicó el general.

—Pues qué, dijo ella, ¿dudais siquiera un momento que todo mi cariño es para vos y que toda mi felicidad consiste únicamente en veros dichoso, contento y satisfecho con el amor de vuestra hija? ¡Ah! Esa duda me ha hecho daño por un momento; desterradla, por Dios, ó explicadme al ménos el motivo que habeis tenido para darla cabida en vuestra imaginacion, y saldré de tan dolorosa incertidumbre.

Mientras de este modo se explicaba Emilia, tenia el general fijas sus miradas en el semblante de su hija, la cual hablaba de una manera tan natural, tan sencilla y cariñosa, que el general, apesar de su suspicacia, no pudo observar en sus facciones nada que pudiese revelar lo contrario de lo que manifestaban sus palabras.

Así es, que tan pronto se creia en posesion de su antigua y completa felicidad, preparando en su pensamiento una buena reprimenda para su atrevido criado Antonio, como se le imaginaban ciertas las palabras que éste le habia dicho.

Encerrado se hallaba, digámoslo así, entre estas contrarias ideas, cuando, como militar experimentado, se le vino á la imaginacion poner en práctica, para apurar la verdad, una estratagema equivalente, por lo ménos, á aquellas que tan buenos resultados le habian dado durante sus campañas; es decir, que preparó una emboscada de nuevo género al enemigo que tenia enfrente.

Consecuente con estos propósitos, se acercó, pues, á ella, y dándola un beso en la frente, la dijo:

—Bien, hija querida, bien; me dejas lleno de consuelo con tus francas explicaciones; y para que veas que tu papá te quiere como siempre, te va á manifestar á su vez los motivos que ha tenido para dudar de tí por un solo instante.

Y entonces la contó, si bien recomendándola toda reserva, todo cuanto D. Cándido y su criado Antonio le habian dicho.

Durante este relato, Emilia se iba desconcertando por grados: tan pronto perdía el color, como le recobraba de repente, poniéndose como el carmin, ó bajaba la vista con alguna turbacion, señales todas que, observadas inmediatamente por el general, le pusieron en el caso de creer que era engañado por su hija, y de repente volvieron á alterarle y sacarle de su aplomo.

—¿Conque es decir, exclamó irritado, que las noticias que me han dado son ciertas, y tú te atreves á desmentirlas de una manera tan impropia de tí como poco merecida por mí? En fin, continuó un tanto calmado, será preciso persuadirse de que una muchacha como tú, al obrar con esa ligereza, podrá merecer alguna disculpa, si se considera que esta falta dimana de la inexperiencia de tus pocos años, y que esa misma quizá te haya puesto en el caso de creer que tu franqueza al descubrirme tus secretos me irritaría.

—Es muy cierto lo que decís, papá. Temia, en verdad, descubrirme á vos, presumiendo que os habíais de enfadar, y por nada en el mundo hubiera querido daros un disgusto.

—Pues bien; como te quiero, y como hija mia que eres, yo te perdono; pero es preciso que esto sea con la condicion de que has de tratar á tu papá con la misma generosidad, y que le has de descubrir y aclarar todo, diciéndome quién es ese hombre, y lo que de tí pretende. A lo cual contestó la hija sin vacilar, y con acento algun tanto satisfecho:

—Es un jóven alto, rubio y bien portado, y tiene, segun me ha dicho, veinticuatro años y tres meses, y está empleado en una oficina, ganando tres pesetas todos los dias.

—¡Oh, santo Dios! exclamó el general bramando; ¿y semejante pelagatos ha sido capaz de trastornarte la cabeza? ¡Ah, si le cogiera entre mis manos, seria capaz de ahogarle!... ¡Atrevido!... ¿Sabes, Emilia, lo que quiere y lo que pretende ese hombre? Pues no es ciertamente tu mano, sino los millones de tu papá. ¡Oh! Yo le ajustaré la cuenta, y creo que la he de cancelar á mi gusto y se ha de quedar sin un céntimo... ¡Pues no faltaba más! ¿Y nuestra familia, qué diría? ¿Y qué escándalo habríamos de dar en el mundo con un enlace que tanto nos rebajaba á todos de la elevada posicion que gozamos?

Mientras el general hablaba de esta manera, su hija le miraba con cierta expresion de dolor y sentimiento, y con altivez, si bien un tanto mesurada, le contestó:

—Desconozco en este momento á mi papá, porque las palabras que ha pronunciado no son propias ni inspiradas por su corazon, siempre noble. ¿Dais ese nombre, que es un risible sarcasmo, al hombre que quiere á vuestra hija, que la adora y que por ella daría su vida? ¡Pobre Juanito! Él, tan noble y tan sencillo en sus pensamientos y en sus palabras, que tanta consideracion y respeto os tiene, no merece ciertamente que le trateis de un modo tan injusto. ¿Quereis una prueba que os da-

rá á conocer los bellos sentimientos que le adornan y el noble desinterés que tiene por mí? Pues bastará que os diga que en las diferentes veces que hemos hablado, él desde la calle y yo desde el balcon bajo (aquí apretó los lábios el general), me decia: «No tengo más que un sentimiento, querida Emilia, y es que tú eres rica y yo cuento con pobre ganancia; verdad es que tengo alguna ambicion, y sobre todo, la confianza de alcanzar para mi mismo y para mi Emilia una posicion desahogada hecha por mis manos, aunque para ello haya de tardar mucho tiempo; pero estos deseos no son bastantes para acallar la murmuracion de las gentes é introducir, como temo, el desasosiego en vuestra familia, especialmente en vuestro anciano papá, á quien respeto y quiero, no solo porque es vuestro padre, sino tambien por su bello carácter. ¿Qué os parece, papá, de los sentimientos que se deducen de las palabras de Juanito?

—Que es un pícaro muy adelantado, hija; y que no debeis, y quiero y os mando, que no le hagais caso alguno.

—Por Dios os ruego, dijo Emilia, que no hablais de ese modo, porque no os corresponde, y sobre todo, añadió fuera de sí y con cierto énfasis; no lo consiento ni lo consentiré jamás, y obrad como querais; y rompió en amargo llanto, retirándose de la habitacion.

—¡Malo! Esto está muy malo, dijo frunciendo el entrecejo el general cuando se quedó solo. ¿Y qué hacer? ¿Por dónde girar? Esta chica, aun delante de mí, no tiene temor en defenderle y poner en las nubes aquellas que en su ilusion llama sus buenas dotes. ¿Y podré disuadirla de su error, por más que yo lo intente con todas las fuerzas de que soy capaz, teniendo ella ese empeño, y siendo en ocasiones tan dura y tan tenaz como su padre? Pero es preciso obrar... sí..., y obrar apresuradamente. Cándido y yo trabajaremos á una, y veremos por quién queda la victoria. El enemigo es jóven y bisoño; pero no hay que confiar demasiado, porque quizá por esto mismo pudiera dar mucho que hacer.



## IV

**Plan de reconocimiento.**

Por la tarde salieron de casa del general éste y su amigo D. Cándido á dar un paseo por el camino de Santa Lucía, sitio por demás pintoresco y delicioso, y que llama de una manera extraña, á la par que agradable, la atención del observador.

Dirigiendo la vista sobre la izquierda aparece en su elevacion, como amenazando al espectador, la larga extension de la antigua muralla, desdentada y derruida en su mayor parte, y debajo de ella, sirviéndola de base, un viejo y carcomido peñon.

Véanse á la derecha grandes cuestras y derrumbaderos, mucha parte de ellos en estado de naturaleza, á cu-

yo pié corre el Eresma, con sus cristalinas aguas, cuyo agradable murmullo llega hasta la altura del paseo, sirviéndole de grata sensacion al paseante.

Por ambos lados del rio se ve la más lozana vegetacion, únicamente interrumpida á trechos por algunas escrescencias de rocas, y coronado finalmente aquel, por la parte opuesta, con otras cuevas peñascosas de igual naturaleza que las de la muralla.

De cuando en cuando se presenta á la vista algun edificio construido en remotos tiempos, para regalo unos, y para defensa ó provecho del hombre otros.

Todo este panorama demuestra, en fin, los contrastes más marcados de la naturaleza y aun de la condicion humana. Porque por un lado pone de manifiesto la cultura y civilizacion del hombre, y por otro la desidia de éste en aquella naturaleza agreste y en aquellas ruinas venerables dadas al olvido.

Por este paseo caminaban los dos amigos.

Emilia se habia quedado en casa, con el pretexto de hallarse ligeramente indispuesta, lo cual atribuyó el general á la tormenta de aquella mañana: por otro lado, se alegró de ir solo con su amigo, porque así tendria buena ocasion de hablar libremente y sin testigos del negocio que traia entre manos y que tantos malos ratos empezaba á darle.

Como era natural, el primero que habló fué el general, el cual dijo:

—¿Será posible, amigo mío, que siempre haya de ser cierto aquel manoseado refrán de que *el hombre que desea el descanso necesita morirse para conseguirlo*?

Yo, que despues de tantos afanes y peligros como me han rodeado durante mi vida azarosa, me creia ya feliz y dichoso en el retiro en que vivo, dedicado exclusivamente al cuidado de mi hija, querido por verdaderos amigos y apreciado de mis semejantes, debido todo á una conciencia siempre limpia, única que es capaz, segun mi pobre entender, de proporcionar á un hombre toda la felicidad posible en este mundo... y otra vez me veo envuelto en nuevos desvelos y cavilaciones...

—Pero, le interrumpió de repente D. Cándido, ¿qué os pasa? ¿Adónde vais á parar con semejante exordio?

—Voy á parar, contestó el general, en que vuestros espectros, fantasmas y ánimas del otro mundo no son otra cosa que un jóven que hace la rueda á mi hija; y lo peor de todo es que, si no andamos listos, no va á haber remedio para mí, y me voy á quedar solo, triste, y voy á convertirme en el más desgraciado de los hombres.

—Eso no, dijo D. Cándido; vuestro amigo no puede abandonaros jamás sino despues de muerto,

—Verdad es, replicó el general; pero, decidme, amigo de mi alma, ¿qué sería de nosotros el día que nos abandonase Emilia? Ella sabeis que es la gala, el adorno de la casa, su alegría, la nuestra, en fin: sin ella, en nuestra sala, en nuestro gabinete, los dos pobres viejos, ¿qué pareceríamos? Todo lo más, dos estafermos, y dispensadme la palabra.

—Está en su lugar, dijo D. Cándido: vuestra causa es la mia; así es que no teneis más que decirme sin titubear lo que es necesario hacer, para ponerlo inmediatamente por obra.

—Pero no os lo he dicho todo, continuó el general; sabed que, para colmo de mi desventura, el que pretende á mi hija es un jóven que no tiene otros bienes de fortuna que el cielo que á todos nos cubre y la tierra que pisa.

—¡Qué escándalo! exclamó asustado su amigo, ¡oh! ¡jamás podré yo tolerar semejante cosa! ¡pobre y desgraciada Emilia! ¿qué sería de ella si llegara á tener ejecucion semejante enlace? Ordenad, disponed de mí, estoy pronto á servirlos. Teneis razon; que es preciso atajar esa desdicha por cuantos medios estén á nuestro alcance, y confio en que lo conseguiremos. Pues qué, dos veteranos de nuestra condicion, llenos de experiencia, ¿habríamos de ser arrollados por esos dos

jóvenes inexpertos, que acaban de venir al mundo, y que, por consiguiente, caminan en él á ciegas? No lo creais, general: además, la Providencia velará por nosotros, y si la causa es justa, no nos abandonará.

—Así es; en ella tengo toda mi confianza, y puesto que vos os hallais tan dispuesto y tan decidido á ayudarme, acepto desde luego vuestra oferta generosa, y empezaré por deciros que mi intencion es tener primero una entrevista con ese jóven, en mi propia casa, á la hora de la noche en que esté recogida toda la familia; para lo cual vos sigilosamente sois el encargado de ir á su casa y hacerle presente el deseo que tengo de que venga á la mia esta misma noche. Ya os he dicho su nombre y la calle donde vive.

—Bien, bien, replicó D. Cándido; todo se hará á medida de vuestros deseos, que son y no pueden ménos de ser tambien los mios.

En efecto, tan buena maña se dió D. Cándido, que ordenó este negocio mejor que lo hubiera hecho el general mismo.

Tomó tambien despues tales precauciones para que el jóven no fuese sentido por persona alguna de la casa, que en el momento en que éste subia la escalera D. Cándido salió á su encuentro, imponiéndole por señas el más profundo silencio.

Y Por demás estaba esta prevención para D. Juan, porque iba éste tan agitado y tembloroso, que en realidad no se hubiera atrevido á respirar.

Era la primera vez que pisaba aquellos umbrales y sobre aquella escalera que tantas veces habia subido y bajado su amada, y su imaginacion se la representaba en todas partes y por todos aquellos sitios: su corazon palpitaba con violencia, apoderándose, en fin, de todo su sér, la muerte que llaman chiquita.

hechos que ignora completamente qué motivos sean esos. —¿Cómo qué! replicó el general; ¿pues qué, no sois vos el que de noche, de día, y á todas horas os hallais asediando mi casa, como si fuerais un sallydory? ¿Estaré yo mal informando, cuando no hay vecino en todo el barrio que no os conozca y os haya visto cien veces?

## V

Vaya, joven, empezais mal, porque empezais engañando; y si seguís ese camino no podremos entendernos los dos, y lo siento, porque con este último objeto os he llamado expresamente. Pero en fin, ya que vos según se ve, no os hallais dispuesto á decir la verdad, seré preciso que la diga yo. Sé, señor D. Juan, que el

**Refuerzo.**

Introducido D. Juan en el gabinete del general, apareció éste solo, pues no le pareció prudente que el joven se viese obligado á usar de alguna reserva si delante hubiera alguna otra persona.

Saludáronse con mucha fineza, y ambos se sentaron, si bien D. Juan lo hizo á las repetidas instancias del general.

En fin, éste empezó el diálogo, diciendo:

—Sobre poco más ó menos, creo, D. Juan, que avisareis los motivos que tengo para haberos llamado á mi casa.

—Dispensadme, general, contestó, si me atrevo á

deciros que ignoro completamente qué motivos sean esos.

—¡Cómo qué! replicó el general; ¿pues qué, no sois vos el que de noche, de día, y á todas horas os hallais asediando mi casa, como si fuérais un salteador? ¿Ó estaré yo mal informado, cuando no hay vecino en todo el barrio que no os conozca y os haya visto cien veces? Vaya, jóven, empezais mal, porque empezais engañándome; y si seguís ese camino no podremos entendernos los dos, y lo siento, porque con este último objeto os he llamado expresamente. Pero en fin, ya que vos, segun se ve, no os hallais dispuesto á decir la verdad, será preciso que la diga yo. Sé, señor D. Juan, que el motivo que teneis para andar alrededor de mi casa es llamar la atencion de mi hija, no sé si con consentimiento de ella ó no; y ya veis que esto es causa suficiente para alarmar á una familia que hasta hoy ha vivido tranquila, lo cual no es juicioso ni razonable, y ménos en vos, porque por informes que tengo, sé que sois, aunque jóven, persona delicada y atenta.

Animado D. Juan por las finas expresiones del general, le contestó, diciendo:

—Ante todo, debo deciros que mi ingratitud seria grande si no os manifestase mi agradecimiento por el buen concepto en que me teneis, y que quizá yo no

merezca; y ahora, añadiré, que repetidas veces he intentado y otras tantas me faltó el atrevimiento para dar este paso que hoy he dado por vuestra iniciativa. Excusado es, así al ménos lo creo, el daros pormenores sobre todo lo que ya adivinais. Quiero á vuestra hija, la adoro, la respeto, y ella me corresponde; y por lo tanto, en vos consiste... de vos depende...

—El aprobar ó negar, ¿no es eso? le interrumpió el general; y pues lo poneis á mi arbitrio, debeis ya conocer la respuesta, y puesto que sois entendido, presumo que habeis de darme la razon. ¿Cómo quereis que yo dé oídos á semejante propuesta, y ménos la apruebe, cuando sé y conozco que en vos y en mí seria un desatino? Vos contaís con pocos recursos, lo cual no pretendo echaros en cara, porque en ello no teneis culpa, y además sois jóven, y seria tarea inútil para los dos el intentar adivinar vuestro porvenir. Mi hija, como sabeis, goza, á Dios gracias, de una elevada posicion, y por consecuencia de ella tiene adquiridos hábitos y costumbres á que vos no podeis hacer frente con vuestras limitadas ganancias; y no es decir por eso que mi hija tenga costumbres dignas de vituperio, porque es un ángel y un modelo de pundonor, y estoy por creer que con ser discreta viviria contenta, cualquiera que fuese su situacion, bien favorable ó bien adversa. Pero habeis

de saber, joven, que el respeto á las costumbres sociales, por más que éstas tiendan á constituirnos á todos en una verdadera prision, sin mejorar por eso nuestra condicion, impone un tacto y una prudencia en el modo de obrar de la familia, que ésta tiene que dar sus pasos con sumo tiento para no deslizar y caer presa de la murmuracion de las gentes, y aun con todo, creo que mereceria el título de feliz en la tierra aquel que lo consiguiese. Hé aquí las razones que os pongo á la vista para que las considereis, y despues de haberos hecho cargo de ellas, desistais buenamente de vuestra pretension, la cual, os lo digo con sentimiento, no puede ser tampoco acogida por mí.

Con grande atencion, á la vez que con un pesár inexplicable, estuvo escuchando el enamorado D. Juan las palabras del general, y cada una de ellas era un dardo que le atravesaba el alma y el corazon, presentimiento que ya de antemano habia experimentado cuando fijaba su consideracion en la posición y la riqueza de aquella que se le habia presentado enfrente del camino de la vida.

Quería hablar y no pudo; revolvia, atormentaba su imaginacion con las palabras que se le acababan de dirigir, y conocia que las razones del general eran dictadas por el más puro celo, por el bien de su hija, si

bien mezcladas con alguna parte de preocupación y de orgullo, de lo cual le hacia disculpable, pues que era su padre y su anciano y natural protector.

—Alentado, no obstante, por la intensidad de su amor y por el desinterés que le guiaba, contestó:

—Bien penetrado de los motivos que os habeis dignado exponer para negarme la dicha que yo pretendo, os expondré á mi vez también mi parecer respecto de ellos, y por último, mi resolución. Conozco, general, que vuestro deber y vuestros procederes son esos, si se atiende solo á la superficialidad de las cosas; pero no lo serán, porque no corre la misma razón, mirándola por el prisma de la vida íntima, de la vida en familia. ¿Y cuál es la que más interesa y puede dar mejores frutos, digámoslo así; la vida exterior y fastuosa, ó aquella que desde su encierro en los estrechos límites de la sociedad doméstica proporciona la felicidad, y ésta, fundada entonces en mejores bases, se extiende y no puede ménos de extenderse y dimanar á la sociedad en general? Os dejo la respuesta, mi general: yo soy jóven, no tengo riquezas; pero me considero un poco entendido, y sobre todo, laborioso: quiero á vuestra hija, y ella, os he dicho, me corresponde: ¿quereis poner obstáculos é inconvenientes á nuestra dicha? Dios lo ha hecho, y ¿quién lo puede deshacer?

—Yo, dijo el general con voz estentórea, mediante el mismo Dios, que tambien tiene el poder de deshacer. Y así, D. Juan, dijo levantándose y saliendo del gabinete, os ruego, suplico y amonesto, que olvideis semejante pretension, y que no insistais más en ella, porque no puedo admitirla ni lo consentiré jamás.

Esto lo dijo cuando se hallaban á la puerta de la escalera, que ya la tenian abierta: y despues de un momento de silencio y volviendo al jóven, le preguntó:

—¿Qué decidís?

—Que yo no puedo ceder á vuestra exigencia, respondió aquel, porque seria hacer traicion á mi corazon.

—Pues, por último, tened entendido, y atended bien á lo que os digo: que si otra vez llego á saber que volveis á rondar mi casa y á perseguir á mi hija, y os veo, soy capaz y estoy decidido á descerrajaros un tiro.

—¡Oh, que dicha! exclamó el jóven, levantando sus manos al cielo, ¡morir por Emilia! ¡Moriré contento!

—Ó rabiando, dijo el general, cerrando la puerta.

en oscuridad. La voz desahuciable, vapores y triste del  
A. cómo llegaba á intervalos á los oídos del joven,  
causando en ellos el tremendo efecto del canto de la  
Sibila.

Y ya que hemos tocado este punto por incidencias,  
con licencia del lector vamos á decir dos palabras so-  
bre la rara institución del Alvarado ó delagado de la  
hermandad de las Ánimas Penitentes del Purgatorio; es-  
pecie de vampiro que salía á ejercer su comisión ya  
bien entrada la noche, provisto de una lámpara hín-  
tera y de una espada.

### Fillacion.

Salió, pues, D. Juan de casa del general, asaz ca-  
bizbajo y triste; deshechas en parte sus ilusiones, y la  
esperanza que habia concebido en el mero hecho de  
haber sido llamado por él. Pero como no hay mal que  
por bien no venga, como dice el adagio, fué un alivio  
instantáneo para él, que ya iba casi anonadado, el ob-  
servar, á su salida á la calle, que la tempestad del cielo  
rugia sobre su cabeza. La noche era oscura, el viento  
soplaba con violencia, y llovía á cántaros: tronaba es-  
pantosamente, y las nubes se abrian de cuando en  
cuando para alumbrar bruscamente aquella escena pa-  
vorosa y dejarla sumida despues en mayor y más den-

sa oscuridad. La voz desapacible, vaporosa y triste del *Animero* llegaba á intervalos á los oídos del jóven, causando en ellos el tremendo efecto del canto de la Sibila.

Y ya que hemos tocado este punto por incidencia, con licencia del lector vamos á decir dos palabras sobre la rara institucion del *Animero* ó delegado de la hermandad de las Ánimas Benditas del Purgatorio, especie de vampiro que salia á ejercer su comision, ya bien entrada la noche, provisto de una lúgubre linterna y de una esquila.

Todavía recordamos el que en nuestra niñez tenia esta profesion provechosa y utilísima, con especialidad para todo pecador, y el cual tenia por sobrenombre el tío Anaya. El traje que éste usaba correspondia al de los rezagados de aquella época, á saber: alto sombrero de tres picos, chupa y calzones, cuyas prendas todas se hallaban en estado declarado de derrota. Su color primitivo habia sido negro; pero la intemperie de las estaciones lo habia trasformado en moreno claro. Era rebajuelo, cari-averiado, vivo de génio y ligero de piés, cuya última condicion le hacia muy apropósito para el oficio que traia entre ellos, porque tenia que andar durante la noche toda la poblacion, que por estar tan destartalada y con tantos huecos convertidos en sola-

res, huertas y tierras de pan llevar, encierra un perímetro de algunas leguas. Además tenía que hacer sus correspondientes visitas, salidas y entradas, en varios establecimientos públicos, especialmente en las tabernas donde existían los cepillos de colectas, á los cuales tenía encargo de limpiar el polvo el Animero. Y como en estos templos de Baco siempre había gente de buen humor, y por consiguiente, jaleo y funcion, á su entrada en ellos se le mandaba cantar la reserva al tío Anaya, que lo ejecutaba con claridad, fuerza de pulmones y asombrosa entonación, acompañado del instrumental de copas de ribera y raso que le administraban de frente y por la espalda, por derecha y por izquierda, *gratis et amore*.

Sentimos no tener á la mano la letra de estas canciones, que eran tristes y alegres á la vez, condiciones que no son tan fáciles de reunir, ni hemos visto reunidas en ninguno de los más célebres compositores extranjeros y nacionales, á excepcion del tío Anaya.

Saliendo de estos establecimientos recorria, como hemos dicho, toda la ciudad, subiendo y bajando empinadas lomas y atravesando á la ligera, como una espantable vision, las plazas, calles, enrucijadas y páramos; llevando al compás de sus piés el movimiento de la campanilla y su sonido, correspondiendo á este movimiento

el de su farol y los visajes de la luz que destacaban á su alrededor, su silueta y extrañas y diabólicas figuras.

—¿Y este hombre, decíamos nosotros, será posible que pueda sacar un ánima del Purgatorio? Nosotros creemos que más bien las habrá llevado allá antes de tiempo, por causa del gran miedo que dá, que sacar una sola.

—¡Qué ha de zacar eze pelele! Decia un andaluz retirado á dispersos, que estaba detrás escuchando la conversacion; ¡como no zea la tripa de mal año!

En efecto; visto lo visto, casi estamos por seguir la opinion de aquel antiguo guerrero. El tio Anaya recordamos que hizo alumbrar antes de tiempo á algunas segovianas y á otras que no lo eran, que se hallaban en meses mayores; y todavía nos tiemblan las carnes al acordarnos que allá, de niños, cuando alguno se pronunciaba en rebeldía, se ponía suave como la manteca con solo oír pronunciar el nombre del Animero; y chico habia que, á consecuencia de la paralización repentina que sufría en sus arranques lacrimosos al oír la esquila, se marchaba dulcemente al otro barrio.

Pero si bien es verdad que el Animero daba tan malos ratos á los vecinos, hacia por otro lado grandes beneficios; porque él era el principal nervio, ó como si dijéramos, la rueda catalina de la hermandad, pues él

solo la proporcionaba más recursos que todos los cofrades juntos. Recorria nocturnamente, como hemos dicho, todos los rincones de la ciudad, y de ellos sacaba siempre algo de provecho; detenia con su entusiasmo al devoto que flaqueaba y que parecia querer desfilar; facilitaba el sueño á las niñeras, adormeciendo á los niños; entretenia los ócios de Fernando VII, cuando preguntando por casos y sucesos acaecidos en la ciudad, á su paso por ella, le llegaban á hablar de las averías que ocasionaba el Animero: esto, y cuando le contaban que á un fraile francisco se le habian llevado los diablos rodando, envuelto en los hábitos, por la cuesta del Doctoral, era cosa que hacia reventar de gozo á S. M.; y finalmente, en ocasiones, y pasado el primer susto, recibia hasta bendiciones del enamorado galan.

Pero volvamos ahora al nuestro, y digamos que aquel triste y espantable espectáculo, distrayendo al jóven D. Juan de sus pensamientos, le hizo olvidar ó le alivió en parte sus pesares. ¡Oh! Cuando los elementos se desbordan, cuando el cielo está irritado, ¿quién es aquel que se acuerda de las miserias de la vida? En el peligro, el instinto de la conservacion todo lo absorbe. Hé aquí lo que sucedió á este jóven, el cual, segun habrá adivinado el lector, es el mismísimo individuo que, se-

gun dijimos en el principio de esta historia, caminaba en triste noche y á pasos agigantados por la calle de San Juan.

Digamos ahora, para que el lector se entere, quién era este jóven y de dónde procedía.

No repetiremos su nombre, edad ni profesion, porque harto lo sabemos; pero añadiremos que era huérfano y vivia en compañía de una anciana tia suya, hermana de su padre.

Esta mujer cariñosa le habia recogido de tierna edad, y aunque no tenía grandes bienes de fortuna, le procuró, sin embargo, á costa de afanes y sacrificios, toda la educacion posible en aquella época en Segovia, que puede decirse que era la misma que hoy, con escasa diferencia; porque si bien en nuestros tiempos la enseñanza de la juventud ha tomado grandes vuelos, en cambio este pueblo continuó en tales términos en su decadencia hasta hoy, que todo viene en esta parte á compensarse.

Sabia escribir con perfeccion y tenía buenas nociones de latin, filosofia, pintura y música. De modo que podriamos considerarle como una persona que merecia el título de decente, por lo ménos tal como está admitida vulgarmente esta palabra.

Solo le faltaba, para completar este cuadro halagüe-

ño, que la fortuna material hubiera sonreído á don Juan.

Pero en esto el hado se le habia mostrado adverso, pues si bien descendia de una familia de posicion desahogada, su padre no le habia dejado otra riqueza que toda la redondez del mundo, que, no obstante la fertilidad y hermosura con que Dios le ha dotado, no satisface por completo, ni mucho ménos, á la mayor parte de los que le habitan.

Su padre era un hombre excelente y de corazon compasivo, y como es consiguiente, se quedó pronto sin la considerable hacienda que heredó del suyo; verdad es que éste ya la habia mermado en la mitad de antemano, de modo que de unos en otros la hacienda venia rodando por esos suelos, hasta que se redujo al guarismo de cero y no quedó nada para el inocente don Juan.

Sin embargo, no todo se habia perdido para éste, pues conservó cierto aire caballeresco y cierto desapego al dinero, cualidades de las que en verdad no le resultaba gran provecho, pero de las que al fin tuvo que enmendarse algo, merced á los trabajillos que ya habia experimentado para ganarse el sustento; mas tambien á lo mejor, como dice el refran, la cabra tiraba al monte, é iban entonces por el aire todos sus planes eco-

nómicos, quedándole, eso sí, incólumes su honradez y laboriosidad.

Tales eran las condiciones y cualidades del joven que, hablando en términos de la facultad, hacia la corte á la hija del general: si la merecía ó no, que lo decidieran nuestras lectoras.

## VII.

### Contramina.

Volvamos al general y digamos lo que fué de él después de la brusca despedida que hizo á D. Juan.

Entró en su gabinete, donde ya le esperaba su amigo, deseoso de saber el resultado de aquella entrevista, y en su impaciencia por adivinar algo, no apartaba su mirada del general.

Entraba éste impasible, pero taciturno y pensativo; tomó su asiento, y después de un corto rato, rompió el silencio exclamando:

—Nada hemos adelantado, y presumo que nada adelantaremos: ese jóven se empeña en mortificarme, lle-

vando á cabo su propósito, y yo voy perdiendo la memoria, el entendimiento y el juicio, y no puedo atinar ya con los medios que convenientemente podríamos adoptar para oponernos á sus intentos. Por otro lado, he observado en la corta conversacion que hemos tenido, que apesar de sus pocos años tiene, primero, una regular instruccion, y despues, una prudencia y discrecion que encantan; pero su pobreza me desespera y me vuelve loco. Si al fin hubiera sido una persona que correspondiera á la posicion que mi hija tiene, podria aceptarlo, aunque apesar mio, porque comprendo bien que tarde ó temprano he de dejarla sola, puesto que soy mortal y más viejo que ella; pero ese mequetrefe de chica ha ido á emplear su cariño precisamente en un sugeto que no puede ménos de ser una eterna pesadilla para mí... Amigo mio, continuó con ardor, estoy decidido á oponerme hasta donde mis fuerzas alcancen... jamás lo consentiré.

—Ni yo, repitió en el mismo tono D. Cándido; y ahora, general, dejadlo á mi cuidado, porque os hago juramento de que todo ha de quedar arreglado á nuestra satisfaccion. Por el momento, lo que conviene, general, es que os recojais y sosegueis, y mañana procuraré traeros y os diré la resolucion que conviene tomar en este negocio y que nos ha de salvar.

Y despidiéndose de él, se retiró á su casa, acompañado de Antonio.

Por lo que hace al general, se acostó; pero pasó una noche tormentosa, sin poder sosegar un punto: tan alborotada tenia la imaginacion con la extraña calaverada de Emilia, como solia llamarla.

Tambien D. Cándido padeció de insomnio aquella noche, porque toda ella se la llevó pensando en buscar los medios de salir airoso de la prenda que en un momento de arrebató y entusiasmo soltó al general cuando le dijo que quedaba á su cuidado aquel asunto, lleno de bemoles.

Pasaban las horas, y apesar de haber dado tantas vueltas á su imaginacion como á su cuerpo y haber puesto la cama hecha un ovillo, nada de provecho se le ocurría. Cansado de tanta agitacion, se levantó y encendió luz; salió á llamar á los criados, que dormian como los justos, les pregunta la hora y le contestan que no saben una palabra, pero que debía ser muy temprano. Vuelve á su alcoba, y sin querer acostarse de nuevo, se sentó sobre la cama: mira su reló, del cual no se habia acordado hasta entonces, y viendo que son las tres, resuelve aguardar el dia de aquella manera. Pero ¡oh fortuna! estando en esa posicion, ejercitando de nuevo su pensamiento sobre el mismo asun-

to, se pega de repente una ruidosa y soberana palmada en la frente, y sin soltar exclamacion alguna, pero sí mudando su semblante de pensativo en risueño, sin otra diligencia apagó la luz y se volvió á acostar.

Á las doce del dia despertó, despues de haber dormido como un liron las mismas horas que tenia de costumbre, con la solâ diferencia que las habia trocado, porque empezó su sueño á las seis de la mañana, hora en que solia levantarse, y le duró hasta las doce del dia, á cuya misma hora de la noche se acostaba en tiempos tranquilos; pero, sea lo que quiera, él pagó en sueño la misma deuda de que es deudor todo mortal.

El general, que notaba su tardanza, envió dos veces á saber si algo le ocurría; pero los criados no quisieron despertarle, lo único que hacian era acercarse á la puerta de su alcoba, y como le oían roncar, se retiraban luego, bien satisfechos de que no le ocurría novedad.

—¡Alabada sea la Omnipotencia divina! exclamó el general cuando le vió entrar en su casa tan á deshora; ¡cómo se conoce, amigo D. Cándido, que en vos no tienen lugar las penas ni cavilaciones, y que no teneis hijos que os quiten el sueño ni os atormenten y os llenen de cuidados y sobresaltos! Diferentes veces he enviado á mi criado á vuestra casa, porque me hallaba

alarmado con vuestra tardanza, con el fin de saber qué era de vos, y siempre me ha traído la noticia de que seguiais durmiendo y roncando con gran sosiego y tranquilidad. ¡Admirable contraste de lo que ha pasado á este vuestro amigo, que desde ayer no le ha sido posible conciliar el sueño, porque se halla sufriendo las más acerbos penas!

—En eso hay mucho que hablar, general, contestó D. Cándido; y si no fuera porque sois mi más querido amigo y que teneis todo mi cariño, os diria que estabais equivocado. La única verdad que podrá haber en lo que os han contado, es que he tenido un sueño algo largo y pesado; pero en lo de roncar, ni lo puedo afirmar, ni lo sé.

Después siguió contando llanamente todo cuanto aquella noche le habia pasado, y apenas concluyó, se arrojó el general en sus brazos, pidiendo le perdona-se; pero D. Cándido no le otorgó el perdón, diciéndole que entre ellos nunca habia tenido lugar pecado que lo mereciese.

—Ahora, hablemos, decia D. Cándido, del asunto que á los dos nos acosa, el cual os prometí llevar á cabo de una manera halagüeña para vos. Bien notorio es, continuó, que la chica sigue, digámoslo así, en sus trece, y D. Juan en sus catorce; pues pongámonos nosotros

en cinco mil, y tenemos ganada la partida. Vos no me entenderéis quizá, y acaso os figureis que vengo de broma al oirme hablar de ese modo; pero no es así. Seguidme escuchando; decidme: cuando un edificio necesita puntales para sostenerse, por su pobre construcción, ¿no es más conveniente, más fácil y pronta la operación de arrojarle al suelo con un pico? Pues para derribar, inutilizar ó apartar de nuestro camino á un jóven pobre y codicioso, con cinco mil duros se consigue lo mismo.

—¡Oh! le interrumpió de pronto el general, no solo cinco mil, sino diez, veinte, treinta mil... todo lo que tengo daría yo por conseguir que tuviera efecto lo que decís.

—Poco á poco, mi general; lo último que habeis dicho no nos conviene de ninguna manera, porque todos los extremos son malos. Si diérais todo lo que teneis, se volveria, como dicen, la oracion por pasiva, y entonces, en lugar de ser querido, seriais despreciado. Evitemos, pues, este lance, porque el mundo, tal cual es, se reiria de nosotros. ¡Ea! ya penetro vuestro pensamiento; ¿me autorizais, general, para tratar y concluir este negocio de la manera que me parezca?

—Con el alma y la vida, amigo mio; no sólo vos podeis hacer y deshacer en ello, como si fuera asunto ex-

clusivamente vuestro, sino que desde luego os digo que de antemano todo lo apruebo.

—Pues bien, contestó D. Cándido, con vuestro permiso, voy á empezar en este momento mis diligencias, y por consiguiente, os dejó.

Y en el acto se despidió de él.

claramente vuestro, sino que desde luego os digo que  
de antemano todo lo apruebo.

—¿Pues bien, contestó D. Cándido, con vuestro per-  
mislo, voy a empezar en este momento mis diligencias,  
y por consiguiente, os dejo.

Y en el acto se despidió de él.

## VIII

### Ataque.

Rebosando de alegría salia D. Cándido de casa del general, al verse revestido por éste de las más amplias facultades para obrar á su placer en aquel tan delicado asunto y de tanta trascendencia para su amigo y aun para él mismo: tal era la amistad que se tenian.

En efecto, era ésta tan estrecha y de una condicion tal, como se ven pocos ejemplares en el mundo. Verdad es que databa desde sus primeros años, y la casualidad hizo que nunca se separasen. Juntos anduvieron peregrinando por todas partes; juntos hicieron sus campañas por Italia, sitio por donde entonces andaba nuestro ejército; expuestos se vieron á los mismos riesgos,

azares y peligros, y por último, ya viejos y de la misma edad, poco más ó ménos, pidieron y obtuvieron su retiro los dos para su patria.

¡Oh amistad santa! ¿Y habrá todavía quien se atreva á detractarte y aun dudar de tu existencia ante ejemplo tan notable y manifiesto?

Es verdad que no todas las amistades son iguales, ni tan completas y desinteresadas; pero no por tener algun lado flaco la amistad deja de serlo; porque aun dado aquel caso en que un amigo vive á veces á expensas del otro, aprovechándose acaso de su debilidad, tambien de cuando en cuando arroja de sí destellos de ciega y delicada amistad para él; y si no obra siempre de igual manera, no debe, creemos, atribuirse esta falta sino á causas que el individuo no puede extirpar ni desarraigar de sí mismo, puesto que forman parte de su propia existencia. Influye, igualmente, en gran modo, la diferencia de la educacion recibida y ejemplos impresos en los primeros años de la vida; el menor ó mayor desarrollo en los deseos; poniendo por ejemplo aquel en que á uno de los dos acosa en más alto grado el deseo de adquirir riqueza, porque entonces no debe causar admiracion el verle especular con su amigo, pues del mismo modo lo haria con su propio padre, y aun con su misma sombra, si esto fuera posible.

Pero de aquí á dudar, por estos lunares, que no hay verdadera amistad, lo consideramos algo aventurado.

Siguió, pues, su camino D. Cándido por la calle del Cármen, muy satisfecho y contento; su paso era tan ligero y atropellador, que parecia un muchacho de veinte años á quien nada se le resiste.

Llegó al Arco de San Martin, y al pasar por éste, lo hizo á la vez un robusto mozo de Veganzones, en cuyo encuentro recibió de D. Cándido un empellon de tal naturaleza, que quedó suspendido con medio cuerpo en el aire, haciéndole perder el equilibrio; pero el mozo, detenido en parte por la escalerilla que conduce á la muralla, le recobró en seguida, cayendo aplomo y con todo su peso sobre los infelices piés de D. Cándido. ¡Oh, quién tuviera á la mano el pincel de Apeles para pintar y trasladar al lienzo con la minuciosidad debida las diferentes fases por que pasó el semblante de don Cándido en aquel crítico y desventurado momento! Pero ya que no tengamos tanta ganga, de lo cual no nos admiramos, porque en nuestra vida hemos tenido ganga alguna, lo pintaremos á nuestro modo, diciendo que el semblante que manifestó aquel desventurado señor era idéntico al efecto que en cualquier cara produce el vinagre de cuatro reales el cortadillo.

No pudo articular palabra, porque se lo impidió el

intenso dolor que sentia al ver machacados sus piés, que ya de años atrás estaban muy enfermizos, y que se resentian al solo contacto del aire, cuya conservacion era la única labor que le ocupaba y entretenia hacia largo tiempo.

El labriego, que le vió en tal estado, le dijo en tono algo compasivo:

—Perdone V., caballero.

—No hay de qué, paisano, le contestó D. Cándido, con el aire que es de suponer.

Cuando el mozo oyó esta palabra, se fué acercando á él con cierta precaucion y como con temor, mirándole al mismo tiempo con alguna curiosidad, sin duda por ver si le conocia; pero no tuvo esa suerte, apesar de ser un pueblo tan pequeño; así es, que con la mayor humildad, se atrevió á preguntarle:

—¿Pues de dónde es V.?

—¡Del África! contestó D. Cándido con el acento del toro.

Continuó, pues, su camino; pero cojeando algun tanto, porque el dolor tambien seguia y no permitia valentías; pero ya cuando llegó á San Martin iba tiesecito. Entró en la calle de la Judería, y poco despues en la casa de D. Juan.

Cuando llegó, se hallaba aquel fuera de casa, lo cual

le contrarió algun tanto. El ama le daba la seguridad de que D. Juan no tardaría en volver, suplicándole, en consecuencia, que le esperase y descansaría entretanto. No aceptó D. Cándido, prefiriendo entretener el tiempo de calle en calle.

Más animada entonces que ahora nuestra ciudad, no dejaban de presentarse en ella con frecuencia algunas ocurrencias que distraían al ocioso. Al pasar por cierta encrucijada, observó que dentro de un figon había algun ruido parecido á una camorra. Se paró curioso, y vió que la reyerta era entre el figonero y un extranjero.

Era éste inglés, y segun nos contaron despues, se llamaba D. Jorge Pallistron. En el apellido, advierte el que nos lo cuenta, había alguna diferencia ó trastrueque, no sabemos si en las sílabas ó en las letras: solo recordamos, dice el mismo, que este inglés acudia á la tertulia de nuestra casa; que nos acompañaba algunas veces á la mesa; que se atronaba cada vez que las campanas del Salvador tocaban á muerto, que era con bastante frecuencia; que tomaba rapé con un cucharón; que se calaba enormes antiparras para mirar el estante donde había algunas guias de forasteros, y exclamaba con entusiasmo y con la mayor formalidad:—¡Oh, qué excelente biblioteca tienen ustedes! Y finalmente, que nos atusaba el pelo y nos llamaba *nene*.

¡Oh, qué tiempos aquellos! continúa. ¡Ah, dichosa edad! ¡Oh, quién hubiera podido detener el tiempo, y no elevarse del suelo más allá de tres cuartas! ¡Oh, cuánto ahorro de sinsabores, cuánta economía de tela, y qué gordo capital hubiéramos podido reunir para hacer nuestra vejez alegre, bulliciosa y holgachona! Y ¡oh, finalmente, dónde andará el inglés que tenía ya más de sesenta años debajo del pelucon, y otros tantos miles de pecados!

Pero sigamos el cuento.

Hemos dicho que este señor, y si no lo hemos dicho lo diremos ahora, era muy aficionado á las lanas de nuestro país, y con este motivo hacia frecuentes viajes á esta ciudad por aquellos años.

En los primeros tiempos de sus excursiones entendia poco nuestro idioma, y á duras penas se le comprendia su chapurrado: lo que únicamente sabia pronunciar tal cual eran las palabras *vedija*, *pesos duros* y diversos nombres de manducatoria, como *perdiz*, *conejo*, *pollo*, &., &.

La primera operacion que hizo el dia que llegó á Segovia fué meterse en un figon, atraido por la muestra que se veia á la puerta, en que decia: «Aquí se preparan comidas.»

Entró, pues, y dirigiéndose al figonero, le dijo:

—Traígame osteg un liebre con *rum*.

Con la boca abierta se le quedó mirando el buen hombre, sin contestarle, sin duda pasmado de indigestion al nombre de aquel extraño guisado, que jamás habia llegado á sus oídos.

—*Nothing!!* exclamó el inglés admirado, y luego rabioso.

—Comprendo, sí, señor, comprendo, ¿*botiquin*, no es eso? se apresuró á decir el figonero.

Momento de pausa: el figonero mira al inglés y éste á aquel, y al cabo de un corto rato de silencio, recostándose sobre la banqueta el inglés, exclama:

—*Osteg ser un pollin!*

—¿Yo? decia el figonero, señalándose á sí mismo.

—Yes, respondió el inglés con aplomo; pero, en fin, continuó, por finar, tráigame osteg cualquiega cosa.

—Muy bien, caballero, dijo aquel.

Y al poco tiempo se presentó con una verdadera marmita de albondiguillas de viento y una jarra de vino, todo lo cual despachó el inglés á paso de carga.

—¿Cuánto es? preguntó al concluir.

—Cien reales, contestó el otro.

—¡Oh! ¡esto es carro! decia el inglés.

—Aquí no hay carro, ni coche, ni carreta, dijo el figonero; V. pague los cien reales de gasto, ó si no...

Y al mismo tiempo jugueteaba con el cuchillo, afilándole en el cazolon vacante de las albondiguillas.

—Tome osteg, dijo el inglés, dándole los cien reales y deslizándose del figon.

—Amice, exclama el figonero, dándole un golpecito en el hombro, al salir.

—¿Qué quiere?

—Que otra vez trate V. con más discrecion y decencia al castellano, porque si no...

Y seguia afilando el cuchillo con mayor ligereza.

Acompañemos ahora á D. Cándido á la casa de don Juan, que ya le estaba esperando. Entró aquel, y ambos se recibieron con la mayor alegría, especialmente D. Juan, que sentia el mayor placer cada vez que veia á cualquier individuo de la familia ó de la amistad de Emilia; sentimiento que no es de extrañar, porque cuando hay verdadero amor, no solo se ciñe éste al objeto de su adoracion, sino que se extiende tambien, y permítasenos hablar así, hasta á las paredes y techos que lo cubren. ¡Baldon eterno para aquel que, en su delirante sueño, establece leyes pretendiendo contrarrestar á las muy sábias de la misma naturaleza, y oponer obstáculos contra ese don del cielo que se llama amor entre las criaturas, y que dimana de la misma mano del Omnipotente!

—¿Cómo sigue el general? preguntó el jóven á don Cándido.

—A eso vengo, y á eso os voy á contestar, respondió éste. Se halla, amigo D. Juan, en la situacion que no se os debe ocultar despues de la entrevista que con él tuvisteis. Mi amigo sufre y padece de una manera tal, que vos, que sois el único autor de esta desgracia, os hallais en el caso y en el deber de hacerla desaparecer de una manera pronta y eficaz, y así os lo suplico en su nombre y tambien en el mio, porque soy su más querido amigo.

—¡Ah D. Cándido! Deploro como vos el estado de angustia en que se halla el general, por mi culpa, como vos me habeis dicho; pero lo que exigís de mí no está en mi mano concederlo. Emilia es la imágen que me persigue á todas partes; es mi dicha, mi felicidad, y si hubiera un momento en que creyera perderla, y con ella toda mi ventura, ¡creo que me volveria loco! No soy, no, como vos decís, la causa de esa turbacion en el sosiego del general, á quien respeto, sino una mano oculta que, sin apercibirnos de ello, ha unido nuestros corazones y nuestras voluntades. Vos, D. Cándido, nunca habeis amado, sin duda, y por eso no lo comprendéis y os atreveis á pedirme un imposible.

Cuando D. Cándido oyó hablar al jóven en estos tér-

minos, se le venian á la memoria ciertos lances amorosos que tambien él en su juventud habia tenido; especialmente le recordaba el amor profundo que habia experimentado, allá en sus tiempos, por la hermosa y jóven hermana del general, amor que se perdió en sus albores, porque una afeccion pulmonar arrebató en pocos dias á su amada, dejándole desolado y sin consuelo.

Estos tan tristes como agradables recuerdos operaron de repente una trasformacion tal en el ánimo de D. Cándido, que empezó á vacilar entre dos resoluciones: ó favorecer los planes de D. Juan, á quien empezaba á compadecer por la situacion tan lastimosa en que se hallaba, y que tanta semejanza tenia con la suya cuando tenia la misma edad que él, ó servir ciegamente á su amigo, como se lo habia prometido y como creia que era su único deber.

Venció, en fin, en él esta última resolucion, y se propuso, por consiguiente, arreglar á ella su conducta.

—D. Juan, le dijo, estais en un grande error al pensar que yo no he podido hallarme en igual caso que vos. Creedme; hubo un tiempo en que he sufrido tanto como vos podeis hoy sufrir; yo tambien ví despedazado mi corazon y deshechas de repente todas mis gratas ilusiones; pero el tiempo, si bien tiene la facultad de mi-

nar nuestra existencia, tambien tiene la de favorecer-nos con el alivio de nuestras penas. Entonces tenia yo veinte años, y apesar de toda mi fortaleza, estuve á punto de sucumbir á tan intenso dolor; mas hoy, ya viejo y desengañado, estoy sosegado y lleno de tranquilidad, y no es capaz de turbármela aquel triste recuerdo de mi vida. Pero os estoy entreteniendo con asuntos que, exclusivamente míos y antiguos además, no os pueden interesar: ciñámonos á hablar del vuestro. D. Juan, sois jóven, y teneis aún mil sendas por donde caminar. La que seguis actualmente sabeis que está erizada de dificultades; que el general, que su familia y sus amigos os la cierran por todas partes, y que de este laberinto en que os hallais encerrado nunca podreis salir bien. Apartaos, D. Juan, de vuestra pretension; jóvenes hay, y no os altereis, muy dignas, que aún pueden haceros dichoso y llenaros de ilusiones, y yo me atrevo á deciros, y á la vez lo hago en nombre del general, que estamos dispuestos á facilitaros los medios más eficaces y positivos para que lo consigais.

Asombrado miraba el jóven á D. Cándido cuando le oia explicarse en tales términos, porque penetró bien pronto que se trataba nada ménos que de hacerle donativos pecuniarios para apartarle de Emilia, y dudaba que hubiera hombres capaces de semejante tráfico, y

sin temor á herir y ofender la susceptibilidad de un hombre como él, que se consideraba lleno de desinterés, de delicadeza y decoro.

Pero allá en sus adentros iba ya conociendo que se las habia con dos hombres testarudos, además de ser militares; es decir, que tenia contra sí la fuerza material de las armas y la fortaleza de dos cabezas durisimas, lucha que consideraba muy desigual para él, que era un jóven recluta, de estado paisano, y débil por todos lados. Así es que, por medio de una conversion repentina, abandonó por inútil y peligrosa la idea de un combate á viva fuerza, del cual nada bueno resultaria para él, y entró de lleno en el suave campo de la estrategia.

Hubo un momento de silencio por ambas partes, al cabo del cual dijo D. Juan:

—Dispensadme, D. Cándido, si me he detenido un instante ante vuestras reflexiones, porque os seré franco y os confesaré con toda verdad que vuestras últimas palabras me alarmaron y exasperaron de pronto, y de tal modo, que todo lo hubiera echado á rodar si no fuera por el gran respeto que me mereceis. Pero no os ofendais por este mal pensamiento: era mi delicadeza la que se exaltaba al pensar que hubiese un solo hombre en el mundo que me creyese capaz de tanta humillacion

y afrenta como recaeria sobre mí si aceptase vuestras ofertas. Repuesta luego mi tranquilidad, empezó á obrar en mí la reflexion, poniéndome ante la vista la triste situacion en que se encuentra el general; y pensando en mi conciencia los perjuicios que aún pudiera ocasionarle si continuase en mis proyectos, he determinado desistir de mi porfiado empeño, ó en términos más esplicitos, claros y terminantes para vos, abandonar el campo. Explicaos, pues, D. Cándido, más categóricamente, y entonces soy todo vuestro, porque nos entenderemos.

Tan repentina é inesperada evolucion, por más que fuera del gusto de D. Cándido, no pudo ménos de extrañarle, y aun dejarle absorto y pensativo por un momento, pues, como suele decirse, no las tenia todas consigo: pero como el que desea una cosa ya está medio engañado, y por otro lado, el tono de franqueza que D. Juan habia usado era el más natural del mundo é imposible de suscitar la menor sospecha, se dejó coger en el tendido lazo.

—¡Bien, bien, D. Juan, amigo mio! le dijo; ya pronosticaba yo que vuestro noble corazon responderia á los clamores de una familia atribulada. Aquí teneis la mano que os ofrezco, y con ella mi más sincera amistad; aceptadla, os ruego, y aceptad tambien la suma

de cinco mil duros, pues es muy justo, puesto que tuvisteis la honra y la atencion de dirigiros á la hija de mi amigo.

—¿Pues qué capital tiene el general? preguntó el jóven con asombro.

—¡Yo qué diablos sé! contestó D. Cándido.

—¡Cómo! Pues qué, volvió á repetir D. Juan, ¿no sois su más íntimo amigo, y por consiguiente, poseedor de todos sus secretos? Entre amigos siempre se huele algo.

—Pero no se toca, replicó D. Cándido.

—Sin embargo, insistió el jóven, *aliquid chupatur*.

—*Nequaquam*, replicó aquel; porque *ad chupandum vergüenza nulla necessaria est*.

—*Optime trompetasti, amen*, replicó D. Juan; me gustais, D. Cándido; sois un buen amigo y teneis un buen corazon, y observo, además, que sabeis tanto latin como yo: por consiguiente, basta; y respecto á lo que tratábamos, digo que, atendiendo al gran caudal que posee el general, el cual me consta de una manera positiva y cierta, me parece corta, mezquina y miserable esa cantidad, porque Emilia bien vale siquiera quince mil duros. Con esos me contento, Sr. D. Cándido, y os aseguro y juro por cuanto hay que, si vos me haceis entre- ga de ellos, olvidaré á Emilia por los siglos de los siglos.

Pero veo que os paráis, como asombrado sin duda de mi proposicion; pues bien, yo no quiero molestaros más, y para concluir, os diré que no rebajo un solo céntimo de lo dicho, y que si no estais dispuesto á aceptar desde luego esta condicion, es excusado que pasesmos adelante ni tratemos más de semejante asunto.

En grande aprieto pusieron á D. Cándido las últimas palabras de D. Juan, porque su intento era ir defendiendo por escalones, digámoslo así, los intereses de su amigo, y entrar en ajuste como si fuera género de feria; pero desistió de esta idea temiendo que, si la adoptaba, estaba expuesto á perder el negocio, que ya consideraba en buen término y casi en la mano, y con él perder tambien todo el buen resultado que esperaba de sus afanes y trabajos.

No tuvo, pues, otro remedio que sujetarse á las exigencias de D. Juan, á quien dijo:

—Pues bien, amigo D. Juan, quedamos convenidos; y si en el acto quereis, para vuestra completa seguridad, que extendamos una obligacion para entregaros esa cantidad el dia que vos señaleis, tened la bondad de mandar traer papel y tinta, y os la firmaré enseguida.

—¡Pues no faltaba más! eso sí que no puedo consentirlo. Vuestra palabra me basta, porque es para mí tan

segura como vuestra firma... No hablemos más sobre esto. Lo que sí os diré, amigo D. Cándido, es que me ocurre una no pequeña dificultad, y es la manera y traza de llevar á feliz término este negocio, porque demasiado conoceis el papel que aquí juega Emilia, que sin duda es de los más interesantes.

—En efecto, así es; pero ya lo tengo todo previsto, y os voy á decir la traza que he imaginado, que creo os ha de parecer bien, y sobre todo, segura.

—Decidla, pues, replicó D. Juan.

—Ya debeis de saber, continuó D. Cándido, que las mujeres, por lo general, tienen un amor propio que raya en delirio; tan delicado es, que una niñería, una bagatela que entre personas serias y de carácter no tendria ni podria tener fundamento, ni ménos consecuencia, en ellas, por el contrario, obra instantáneamente una reaccion tan maravillosa, que enseguida ven lo blanco, digámoslo así, de color negro, ó viceversa. Y voy al caso: necesario es, D. Juan, que os prepareis para tener una entrevista con el general, á la cual asistirá la misma Emilia y el que os habla, la cual ha de tener lugar mañana, á las tres de la tarde. En ella procuraremos dar tal giro á la conversacion, que sin remedio vendremos á parar á hablar de la mujer, y entonces, tomando vos la palabra, os despachareis á

vuestro gusto, diciendo contra el género femenino en general todo aquello que os venga á la mente y cause en Emilia el efecto que no puede ménos de causar, que es el que todos apetecemos. Creo que habreis comprendido bien.

—Perfectamente, contestó D. Juan; ni podia ser de otro modo, porque habeis hablado tan bien como puede hacerlo el mejor abogado.

—Pues ¡ea! dijo D. Cándido levantándose; puesto que ya estamos en todo acordes y conformes, me despidó hasta mañana á las tres, que es la hora convenida.

Y dándose un apretón de manos, se separaron.



## IX

### Resolucion.

—Hé aquí, exclamó el jóven á sus solas, dos hombres que, apesar de su edad, y próximos, por consiguiente, á emprender la carrera de la vida eterna, están, sin embargo, tan apegados á los intereses del mundo, como puede estarlo el musgo á la piedra que él mismo forma.

En D. Cándido, á quien ya conocemos, debemos considerar algo disculpable esa ciega y tenaz aficion al dinero; pero no así en el general, que nos parece merecedor de que se le tenga en el concepto de discreto y prudente. Ni puede creerse que para obrar de semejante manera tenga por norma únicamente el bien de

la familia, porque todo lo más podrá ser un pretexto embozado para seguir ocultando el defecto ó vicio capital de la avaricia, defecto que, por otro lado, debería considerarse como fenómeno en aquel que á tales años pudiera conservarle.

—Pero, en fin, sea lo que quiera, continuó, dejaremos que sigan su camino, pues yo no he de separarme, ni podría hacerlo, del que ya me tengo trazado.

### **El último cartucho.—Capitulacion.**

Llegó, pues, el día de la cita, que por cierto era martes, día tan infausto y nefando para unos como feliz y afortunadísimo para otros.

Acudió D. Juan con toda puntualidad, y á legua se conocía que iba poseído y lleno de confianza en el buen éxito de su empresa, y por consecuencia de ella, armado de un valor capaz de hacer frente á un regimiento.

Se presentó en la casa, y al entrar en el gabinete donde ya esperaban los dos amigos, lo hizo al mismo tiempo, por el opuesto lado, la encantadora Emilia.

La impresion que á ésta causó la vista de D. Juan la

dejó suspensa por un momento; pero muy luego se repuso, saludándole muda pero elocuentemente.

Por su parte, D. Juan, al considerarla, no pudo ménos de alarmarse al pensar que aquella hermosa flor se vendia en quince mil duros, cuando él, pobre hombre, no la hubiera cedido por quince millones de bicuentos.

Saludáronle los dos ancianos, y el general le hizo sentar á su lado.

Despues empezó la conversacion D. Cándido hablando del temporal, y con especialidad de los fuertes vientos que á veces hacian en Segovia; cosa por extremo y casi desconocida por los infinitos pueblos por donde él habia andado en España y fuera de ella, y con particularidad por los hermosos de Italia; país, decia, en todo agradable y bello, donde parecia habian hecho asiento á la vez la perfecta naturaleza y el arte sublime, desprendiendo desde allí sus rayos, si bien débiles, por todo el globo. Añadia, que no extrañaba que Rafael de Urbino, como italiano, aunque jóven, hubiese sido un pintor tan admirable, cuyas obras, apesar de sus tres siglos de existencia, causaban hoy tanta admiracion como cuando se hicieron, y como causarán en el porvenir, privilegio solo concedido al génio que empleó su diestro pincel en aquellos tipos perfectos del hombre y de la mujer; mujeres bellísimas, proseguia,

como son con raras excepciones las italianas, en las cuales, por otro lado, habia observado una buena cualidad muy recomendable para un español, y era que siempre mostraban grande afición é interés por nuestros soldados.

—¡Ola, señor D. Cándido! decia el jóven, parece que vuestra vida militar no se ha empleado toda en cumplir con lo que manda la ordenanza ni en las campañas de Marte, y apostaria que alguna parte de ella la habeis dedicado á las de Venus.

—Podrá ser, replicó D. Cándido; pero téngase entendido que siempre he jugado limpio, y además he conocido que no todo lo que brilla es oro, y en ellas, como en todas, notaba defectos que se oponian constantemente á los buenos sentimientos que siempre fueron la norma de mi conducta.

—Soy de vuestra misma opinion, y os creo, D. Cándido; replicó el jóven. Yo, á la verdad, nunca he pasado las fronteras de mi patria ni he salido del punto donde nací más allá de veinte leguas, y sin embargo, conozco que la naturaleza humana toda es una, y que, aun cuando las leyes por que se rigen los diferentes pueblos pueden variar algun tanto, no son, sin embargo, capaces de alterar la esencia de nuestra naturaleza comun: si defectos y vicios tienen unas, los mismos, en

mayor ó menor grado, tendrán las demás. Y hé aquí la razon legítima, la causa verdadera por la cual, señor D. Cándido, yo las detesto y las aborrezco á todas de buen grado y de buena voluntad; solamente este ángel de mi guarda, este precursor de mi felicidad, dijo levantándose y dirigiendo su ademán á Emilia, es la que merece que la exceptúe de la regla común... y si el general consiente...

—¡Cómo! ¡qué oigo! ¡qué es lo que habeis dicho! exclamó el general fuera de sí y saltando de su asiento con una celeridad impropia de sus años. ¿Qué juego es este?... ¡Jamás! ¡Fuera!... ¡Salid inmediatamente!... no deis lugar á que estalle fatalmente mi cólera sobre vos, porque acaso no sea yo dueño de contenerla!...

—¡Papá! exclamó la valiente Emilia, interponiéndose ligera en medio de todos; si no me jurais en este momento que consentís en que sea esposa de Juanito, dad por perdida á vuestra hija para siempre... Sí, padre mio... porque voy á arrojar me desde la torre de la catedral, desde la roca de la Fuencisla... tomaré un veneno... me tiraré al pozo... me ahorcaré!...

—¡Alto el fuego, hija mia, alto el fuego! exclamó el general, espantado, quedando luego abrumado, abatido por el dolor, y silencioso por ciertos momentos.

Levantó al fin la cabeza, limpiándose el sudor del

rostro, que apareció con todas las señales de una verdadera congoja, y dirigiendo su vista, poco serena todavía, á Emilia, la dijo:

—Te has complacido, hija mia, en hacer al fin tu gusto, contrariando el mio; Dios te lo perdone. El sin duda lo dispuso así, y yo no debo ni podria oponerme á su alta voluntad.

Y ya más sereno, y con voz un tanto pausada, pero firme, prosiguió:

—Yo juro solemnemente por mí y en memoria de tu querida madre, que me oye desde el cielo, que te casarás con Juanito.

Con el mayor asombro presenciaba D. Cándido esta escena, y al pronto creia hallarse dormido y soñando; pero al ver el sério ademan del general, salió de su estupor, conociendo al fin que todo era una realidad, y se daba interiormente por resentido, considerándose burlado como si fuera un niño.

Los jóvenes se arrodillaron ante el general, mas éste, conmovido, les mandó levantar, diciéndoles:

—Yo os bendigo, hijos mios, y que vuestra dicha sea completa. Ahora solo me resta haceros una súplica, y es que no abandonéis á este pobre anciano.

—¡Nunca, papá! exclamaron los dos jóvenes llenos de lágrimas.

—Y si antes, dijo D. Juan, habeis tenido uno solo que cuidase de vos, ahora teneis dos que se emplearán á una en vuestra felicidad y velarán por vuestra preciosa existencia.

—Esa compensacion es bastante, dijo D. Cándido, que hasta entonces se estuvo callando, porque nos indemniza de cuantos trabajos y malos ratos nos habeis hecho pasar, los cuales, desde ahora, quedan olvidados.

## XI

### **Conclusion.**

Veinte dias despues se hallaban enlazadas ante el mundo aquellas dos almas, que ya de antemano estaban unidas.

El general no tuvo motivos de arrepentirse en lo sucesivo por haber accedido, aunque *à forziore*, á la eleccion de Emilia, porque su yerno siguió siendo un modelo de honra y laboriosidad, y vió prosperar su cuantiosa hacienda, á la vez que su buena fama, mejor aún que en sus propias manos.

## XX

### Conclusion

Veinte dias despues se hallaban enlazadas ante el mundo aquellas dos almas, que ya de antemano estaban unidas.

El general no tuvo motivos de arrepentirse en lo sucesivo por haber accedido, aunque á fuerza, á la eleccion de Emilia, porque su yerno siguió siendo un noble de honra y laboriosidad, y vió prosperar su gran hacienda, á la vez que su buena fama, mejor aún que en sus propias manos.

# HISTORIA DEL PAJARERO

SEGUNDA CRÓNICA

1884

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

A. Y. RODRIGUEZ PÉREZ.



# HISTORIA DEL PAJARERO

SEGUNDA GEMELA

DEDICADA

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

POR

E. Y. RODRIGUEZ PÁVILA.

# HISTORIA DEL PALARERO

SEGUNDA GEMELA

DEDICADA

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

POR

F. V. RODRIGUEZ DAVILA

## INTRODUCCION.

En qué tiempo y por quién nos fué legada  
La costumbre en Segovia de *ir á pájaros*,  
Es materia hasta hoy nunca tratada  
Ni por autor español, francés ni bávaro.  
¿Y no hay dolor en ver abandonada  
Una historia, ó mejor, un suave bálsamo  
Que ofrece, al par que un alimento sano,  
Placer y dicha al pueblo segoviano?

Ni creer se debe que la materia es espinosa:  
Y no habiendo dato incierto ni preciso,  
Historia verdadera ni aun dudosa,  
Papeles viejos ni un solo manuscrito,  
No es tampoco tarea trabajosa.  
Del Autor el descanso es infinito;  
Y segun se reflexiona y bien se vé,  
Lectores, nuestro Autor nació de pié.

Si es poltron y en tener la *vita bona*  
Considera un placer, al gran cucaña  
La suerte aquí le persigüé bonachona  
Dándole á satisfaccion lo que anhelaba;

Porque ni necesita correr de zona en zona  
Ni en chico ó grande archivo buscar nada  
Ni al Gobierno interrogar ni Ayuntamientos,  
Ni aun hacer cortesías ni aspavientos.

Inmenso ahorro para andar la historia presurosa  
Por senda estrecha, sí, pero tan limpia,  
Cual de solitario arroyo el agua voluptuosa  
Que transparente corre y el pobre caudal nadie codicia,  
Y murmurando placer camina caprichosa.  
Así el Autor, libre el campo y sin noticias,  
Confecciona á su sabor su pepitoria,  
La pluma enris... armas al hom... y ande la historia.

¡Oh santa libertad! Tú sola mandas  
Sobre aquel cuyos pasos tú diriges,  
Y á quien cobijas, feliz, bajo tus alas  
É ilustre y sábia su espíritu corriges,  
Sin que indecoroso le sea el hacer gala  
De darte obediencia y ser tu esclavo humilde,  
Porque sabe y no ignora ningún hombre  
Que no puedes tú empañar tan alto nombre.

Y pues eres luz y guía de los séres  
Que en la tierra están bajo el inmenso cielo,  
Continuad el favor, dadme cinceles  
Para que pueda grabar con esquisito celo  
La costumbre inmemorial que honra merece  
Y cuyo legado fiel guarda este pueblo.  
Y pues benigna decís, «yo lo consiento,»  
Adelante, porque el lector acaso esté violento.

## PRIMERA PARTE

### **Época antidiluviana.**

Antes de ser lo que es, el mundo entero  
Era el caos, segun antiguos libros, ó la nada;  
Esto lo saben todos ya por ser añejo,  
Despues no hemos sabido más palabra;  
Por eso, lector listo, en tí lo dejo.  
Y respecto á la cuestion, yo no sacaba  
En limpio de tal oscuridad, de tal misterio,  
Sino el no verse por un Cristo un pajarero.

Vino despues la luz y vino Adam,  
Y cierto que no habrá cabeza sana  
Que pretenda atribuir con grande afan  
Una invencion que es de raza segoviana

Á aquel padre comun y angelical.  
Mas por si hay alguna ligera ó casquivana  
La vamos á probar sin mucho apuro  
Que hacer inventor á Adam es un absurdo.

Pues dotado por Dios de infusa ciencia  
Todo lo alcanzaba sin más de «yo lo quiero,»  
Y demás eran para él por consecuencia  
Las trampas, enredijos, parapetos,  
Reclamos, redes, gran dosis de paciencia  
Y poner la salud en grande aprieto.....  
¿Para qué, si á la mano se le iban las perdi.....  
Y el jilguero se posaba en sus nari.....?

Mas despues de la hazaña de Cain acá  
Las cosas cambiaron de tal suerte,  
Que cada *quisque* se fué tras el maná  
Ó á buscar otra vez el don celeste.  
Y hay quien de entonces rodando acá y allá  
No lo encontró jamás y fué su muerte,  
Mientras otros, con fortuna mayor que su destreza,  
Se pusieron como pipos de riqueza.

Pero esto importa poco á nuestro cuento;  
La relacion sigamos lisa y llana,  
Porque tales digresiones son tormentos  
Que aburren al lector y le hacen canas.  
Ya hemos visto que lá idea sin cimiento  
De hacer autor á Adam salió muy vana,  
Y es preciso seguir nuestro escrutinio  
Atravesando de los siglos el camino.

**Despues del diluvio.**

Á los tiempos de Noé mi historia enganchó.  
Allí nos quedó segura la comida,  
Merced debida al enorme zafarrancho  
En que la triste humanidad quedó perdida,  
Porque solo se salvó con todo el rancho  
Noé el dichoso y las castas consabidas.  
En éste sí que estaba todo entero  
El embrion del futuro pajarero.

Pasado aquel turbion y abandonada el arca,  
Empezó la gente luego á desbandarse,  
Llevando cada cual sobre su espalda  
El pobre ajuar de que pudo apoderarse.  
Por muy contrarias vias se lanzaban  
Deseándose salud hasta encontrarse,  
Y uno de ellos, como cuentan las historias,  
Se vino con su gente hácia Segovia.

Mas no fué aquel mortal afortunado  
Á quien debe el segoviano la fineza  
De un presente tan rico y delicado,  
Porque el tiempo le faltó para esta empresa.

Apenas llega á estos tristes despoblados  
Do el suelo solo ostentaba su belleza,  
Que agobiado del gran camino y los desvelos  
Murió y se cree que fué derecho al cielo.

Sin amparo, ni auxilio y casi en cueros  
Se quedó esta familia y pobremente,  
Y como entonces no acuñábamos dinero  
Ni habia un sér humano á quien doblar la frente  
y era innoble la palabra *pordiosero*,  
Que pasaba grande apuro es evidente:  
Pero hay un refran que dice muy discreto  
Que Dios aprieta y no ahoga, y es lo cierto.

Refran que se cumplió al pié de la letra  
En el caso que vamos relatando:  
Verdad es que si la urgencia aprieta  
Al refran se ayuda aprisa y galopando.  
Que se salvó esta familia es cosa cierta,  
Pues de ella salió aquel que, imaginando  
Un modo de vivir pronto y decente,  
Á cazar pájaros se puso muy prudente.

Él inventó las jaulas y *armaderos*  
Las *cañotas*, los botes y la liga  
Que fabricó con cortezas del acebo,  
Las *varetas* y otras muchas baratijas.  
¿Y cuál el nombre que tenia este mancebo?  
Lo ignoramos, pues no hay hombre que lo diga.  
Desdeña el mundo á los mejores inventores,  
Mas las cosas van así, fuera clamores.

**Época romana y goda.**

Hecho lo principal, que era el invento,  
Solo faltaba darle grande impulso  
Que arraigase y marchase en incremento.  
Pero el autor feliz tuvo tal pulso  
Y lo estableció tan bien á aquel intento  
Que hasta hoy siguió impertérito en su curso,  
Salvo la relacion que es tan notoria  
Con el aumento ó decadencia de Segovia.

Pero nunca más altura alcanzó, segun infiero,  
Que cuando aquella antigua Roma *velis nolis*  
Nos hizo tributarios de su imperio  
Y obró en Segovia completa metamórfosis,  
Como lo prueba ese ilustre monumento  
Y esas columnas esparcidas en gran dósis  
Por todo su recinto hoy silencioso,  
Que solo llaman la atencion de algun ocioso.

Y cientos de ellas, derramadas sin concierto  
existen enteras ó solo en sus fragmentos:  
Unas carcomidas y con grande desacierto  
Encerradas en tabiques ó formando algun cimiento

Y otras bellas sin rasguño en todo el cuerpo  
Sirven de grande y firmísimo sustento  
Á edificio mezquino donde dió la carambó...  
Que le sienta como á un santo la pistó...

Á medida que un imperio va cayendo,  
Los pueblos y provincias que domina  
Con mayor celeridad van descendiendo.  
Cuando el viejo roble ó la caduca encina  
Pierden la sávia que les daba aliento  
Ó su fuerza es débil y casi amortecida,  
De las ramas la muerte es la primera  
Cuando aún el tronco verde persevera.

Con estrépito cayó la grande Roma,  
Cayó de sus pueblos el robusto muro  
Al impulso fatal que lo desploma  
Cual furia irresistible de un conjuro.  
Y Segovia, vestida entonces de matrona,  
Cae para no alzarse á tanto en lo futuro,  
Y solo salva de la mano de los bárbaros  
Su Acueducto y su afición á coger pájaros.

---

### Los moros.

Es la suerte inherente á pueblos ricos  
El no vivir jamás como Dios manda,

Y la prueba fehaciente de lo dicho  
En todos tiempos la tenemos en España.  
Bien sea la fertilidad, bien el capricho,  
Lo cierto es que en trabajar hay mala gana;  
Así es que para pueblos extranjeros  
Fué siempre de riqueza un semillero.

Y en verdad que les cuesta mil trabajos  
Cada vez que pretenden esta ganga:  
Mas apesar del inconveniente, acá nos trajo  
Nuestra suerte infeliz la feroz banda  
De árabes fieros y moros á destajo  
Que intentaban meternos en su manga.  
Quedó Segovia allí como un San Lázaro,  
Mas no olvidamos por eso el *ir á pájaros*.

La conquista del moro duró poco,  
Porque empezó á cejar, dejando la montaña,  
Y huyendo del español como del coco,  
Dejó tambien despues la tierra llana.  
Tristes nos quedamos al ver nuestros despojos,  
Restos de nuestra grandeza y nuestra fama;  
Mas en despique empezamos vida nueva,  
Continuando en nuestro afan, que truene ó llueva.

Concluida la morisma, no hubo nada  
Que sea de contar hasta esta *era*,  
Y si algo hubo se podrá llamar calaverada,  
Y no guerra civil, ni aun extranjera:  
Y aunque de ello saliese en la colada  
Mil trabajos, desnudez y pocas brevas,

El lector en cambio queda satisfé...  
Con lo dicho del pajarero hasta la fe...

### **Competencia.**

No hay pueblo chico ó grande en parte alguna  
Que un dia al año no tenga de jolgorio,  
Ó que destine al placer por su fortuna.  
Feliz sistema, necesario, obligatorio,  
Revancha del trabajo que le abruma  
Al hombre sin cesar en este emporio  
De dicha y de desdicha inagotable  
Y en conceder favores muy variable.

Claramente probaremos que esto es cierto,  
Sin más que mencionar algun ejemplo;  
Y sea este del país ó sea ingerto,  
Suficiente para el caso lo contemplo;  
Multiplicar los datos es funesto,  
Porque gastan el asunto y aun el tiempo:  
Por eso nos ceñimos á poner delante  
Ejemplos escasos, pero palpitantes.

El pueblo de Madrid tiene un Isidro  
Á quien dedica tres dias como un loco,  
Mejor son cinco, si no he dado al olvido  
La cuenta, ó la yerro, ó me equivoco:

Pero sea lo que quiera, lo que digo  
Es que aún este espacio les parece poco,  
Y añadido que, si el tiempo lo permite,  
La semana entera va de un solo envite.

¿Y quién capaz sería, santo Isidro,  
Predecir un tiempo que tu pobre nombre  
Y tu virtud modesta, tan gran ruido  
Habria de causar entre los hombres?  
Y al verte hoy de humilde tan lucido,  
¿Quién será el que lo vea y no se asombre?  
¡Ah! ya sabe Isidro que por puerta falsa  
Dios arroja al bravo y al humilde ensalza!

Por la Virgen del Pilar, lectores míos,  
Que en la noble Zaragoza en jefe manda,  
Las gentes de Aragon arman gran lio,  
Y por sus pueblos el jaleo corre y anda.  
¡Qué de toros! ¡qué majencia! y ¡qué zurrios!  
Por alcanzar de la Virgen bienandanza!  
No hay juicio, y si lo hay está revuelto,  
Ó el diablo, que es astuto, allí anda suelto.

San Vicente Ferrer tiene Valencia,  
Y tan fuerte el valenciano como acero,  
Con tal amor le adora y reverencia,  
Que asombra en aquel dia al mundo entero:  
Y en Galicia á Santiago con vehemencia  
Le quieren los pacíficos gallegos.  
¿Y la culta y valiente Barceló...  
No tenia un Cucufat para sus bro...?

Mas nosotros tenemos un San Frutos  
Que, hablando con verdad, sin desacato,  
Tanto vale ó más que todos juntos;  
Pero habiéndonos quedado en cuatro gatos,  
No podemos competir en ciertos puntos  
Con pueblos que despliegan tal boato.  
Sin embargo, yo apuesto una merienda  
Á que no hay quien nos gane en la contienda.

Porque nadie compite en sufrimientos,  
En trabajos, desvelos y hondas penas,  
En frios, en calor y otros tormentos  
Con el segoviano, que con faz serena,  
Yerto, temblando, ó ya calenturiento,  
Sale de casa en noche macarena,  
Por el solo placer de honrar á su patron.  
¿Qué más podrá decirse en conclusion?

Ni le guia interés, ni aun el provecho  
De granjería que tanto le aficiona  
Y que produce lo mismo que el barbecho.  
Ni es como en Cádiz, Sevilla ó Barcelona,  
Donde tales dias los dedican como diestros  
Á la caza exclusiva de las monas,  
Bicho grande y curioso para el arte,  
Que bien cuesta un doblon en cualquier parte.

En el modo de tratar este negocio  
Nuestro porte es diferente y más sencillo,  
Y merece aplausos mil y grande elogio.  
No hay temor que llenemos el bolsillo

Ni la envidia nos persiga, ni aun el odio;  
Nuestra caza se ciñe á pajarillos  
Que harán justos el peso de un carné...  
Si juntáramos cien mil, dos más ó mé...

Aquí concluye el preámbulo á la historia  
Que en pocas líneas encierra muchos años,  
Como verá el lector con el ojo ó la memoria:  
De modo que es corto y á la vez de gran tamaño,  
Cosa rara y con trazas de irrisoria,  
Ó gran milagro si ogaño fuera antaño;  
Mas de fijo es muy larga caminata  
Del principio del mundo hasta la data.

*Compendio.*

En la céntrica nos paró, en un alfiler,  
 Y en un alfiler nos paró, en un alfiler,  
 Los brazos juntos al paso de un alfiler,  
 Si juntáramos con tal, dos manos más.

Aquí concluye el preámbulo a la historia  
 Que en pocas líneas encierra muchos años,  
 Como verá el lector con el ojo a la memoria,  
 De modo que es corto y a la vez de gran tamaño.

Cosa rara y con finas de historia,  
 O gran milagroso o gran ficción,  
 Mas de tipo es muy buena historia,  
 Del principio del mundo hasta el fin.

Y en el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo.

Y en el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo.

Y en el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo.

Y en el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo,  
 En el fin del mundo, en el fin del mundo.

## SEGUNDA PARTE

### Comparaciones.

Ya hemos hecho ver *Parte primera*  
El origen, progresos, alta y baja  
De nuestra antigua costumbre pajarera,  
Que nació aquí y boyante sigue y maja,  
Que ha sufrido valiente y altanera  
De los siglos el embate, que lo ultraja  
Todo, lo cambia lo muda y lo confunde  
Sin haber hecho mella en la costumbre.

Tambien hicimos cierto paralelo  
Con aquellas que á otros pueblos entusiasman  
Y ninguna en antigüedad nos llega al dedo,  
Ni en un arrojo tal que á todos pasma.

Pasemos ahora á lo esencial, y sin recelo,  
Con aplomo, ojo listo y mucha calma,  
Hagamos la narracion bien descriptiva  
Del pajarero y diversion que le cautiva.

## SEGUNDA PARTE

### Preliminares.

Ya dejamos consignado, aunque somero,  
Cuál es la caza que alhaga y entretiene  
Al Segoviano, la decision y grande esmero  
En su cultivo, aunque le dé males por bienes.  
Añadamos que el verderon con el gilguero  
Forman su caza y su gloria perenne,  
Las mosqueras, verdecillos y pinzones,  
Sin entrar en la cuenta los gorriones.

Porque este es pájaro de tretas y gran cuco  
Y en saber y entender es otra zorra;  
No se le engaña ni con dulces almendrucos,  
Vive entre el hombre, presencia sus camorras  
Y aunque haya desgracias jamás una le cupo  
Y desdeque nació, vivió siempre de gorra.  
¡Cuántos hay en la tierra, sin doblones,  
Que siguen por sistema á los gorriones!

Mas sigamos nuestro asunto de *pardillos*.  
No hay efecto sin causa en este mundo,

Y como aplico á tan ténues pajarillos  
Este axioma filosófico y profundo,  
Debo explicar del modo más sencillo  
La razon conveniente en que le fundo.  
El efecto aquí es tan claro y evidente,  
Que falta explicar la causa solamente.

La que asiste al Segoviano, en mi opinion,  
Para dar á esta caza preferencia  
Es (y no tiene vuelta esta razon),  
El punto estratégico y la inmensa  
Ventaja que Segovia tiene en situacion.  
Estos pájaros carecen de paciencia  
Para estarse en un punto sin comer;  
De aquí su eterno volar, ir y volver.

Cobijados del monte en la espesura  
Del rigor del sol les libra fresca sombra:  
Llega el otoño y del monte á la llanura  
Bajan, en número tal que nos asombra.  
Ya entonces apostados en segura  
Posicion, de la ciudad á la redonda  
La caza es grande, colosal, y sin rebozo  
Los pajareros mismos confiesan el destrozo.

Previsor, sin embargo, el Segoviano,  
Para que su diversion nunca le falte,  
No hace riza total de aquel rebaño  
Y solícito procura que una parte  
Se libre y multiplique para otro año.  
Dirá alguno que aquí no hay traza ni arte

De caridad y que más bien es egoismo;  
Pero su resultado siempre será el mismo.

Esta diversion sin reparo ocupa á todos.  
Así á pobres como á ricos y medianos,  
Á los que callan y á los que hablan por los codos,  
Á médicos, abogados y artesanos,  
Y á los que de vivir no tienen modo;  
Porque es achaque general de segovianos.  
Y dice un eclesiástico autor que era muy listo,  
Que habia entre los aficionados hasta obispos.

Ni á nadie deberá causar sorpresa  
Este dato, porque en él no hay tiquis miquis;  
Ni decir que la humanidad tiene flaquezas,  
Ni por ello disputar ni entrar en litis;  
Ni irritarse, ni romperse la cabeza,  
Ni decir que el grande hombre es un raquitis;  
Porque si hay clases dó existe diferencia,  
Tocante á la diversion no hay divergencias.

---

### Salvas.

De hacer la descripcion llegó la hora  
De alguna de estas fiestas campesinas,  
Objeto principal de nuestra Historia.  
Y aquí ésta resultará, quizá, ladina;

Porque habiendo dicho ya que no hay notoria  
Diferencia entre las bajas clases y las finas,  
Se vé forzado á echar mano á las primeras  
Porque salga aquella fiel y verdadera.

¡Qué pena y qué trabajo el desdecirse  
Un autor de lo dicho anteriormente!  
¿Por qué no lo remedia antes de irse  
Por esos trigos de Dios el inocente?  
La falta no se quita con solo corregirse  
Ni desaparece el desliz completamente;  
Mejor es tachar la palabra y los renglones  
Y queda su fama limpia y sin borrones.

Bien paga el pobre Autor estos deslices,  
Sin ellos, saldria la historia muy sucinta  
Y más clara, y no que por dormirse  
le precisa á gastar dinero en tinta;  
Y lo que es más penoso al infelice  
Pasar la cuarentena y mal le pinta  
Si de críticos le coge una tormenta  
Y no sabe zafarse ó escarmienta.

Por lo demás, razones tuvo y poderosas,  
Al cambiar de repente el pensamiento  
Elijiendo aquellas clases más briosas  
Y más ternes, y apropósito, al intento,  
Las que no tienen trabas enojosas  
Y en su expansion no hay reparo ó miramiento.  
Así ha creído describir esta costumbre  
mejor, y ponerla en la techumbre.

**Empieza la historia.**

Estamos en la calle de la Plata  
Que ahora baldon es de aquel emblema;  
Con decir que es muy pobre, esto nos basta,  
Y que del rico metal ya no se quema  
Ni por judía mano ó mora se dilata  
En sus hornos ya sepultos en la arena;  
Y que de sus casas, que hoy miseras son  
Solo existen diez, kirieleison.

Las doce de la noche son en punto  
Noche frígida, muy oscura y tenebrosa:  
Hay trazas de nevar, según barruntos,  
Ó de ser la mañana borrascosa.  
En medio de la calle hay un conjunto  
De forma indescriptible y monstruosa,  
En las sombras de una noche tal consiste  
El no saber lo que es, pero ello embiste.

Su figura no está en parte geométrica  
Ya parece esferoidal ó ya angulosa,  
En razones no se funda enciclopédicas:  
Su movilidad nos parece caprichosa

Y el desarrollo dá lugar á gran polémica  
Empujando al que lo mira hácia la fosa,  
De modo que si Dios no pone mano  
No saldremos jamás de este pantano.

Mas no en vano se implora aquel socorro;  
Ya se mueve el fantasma y se despliega,  
Ya echa á andar con pausa, ya hace corro,  
Ya el gigante brazo extiende y con él pega  
Un furibundo golpe el muy zaborro  
En la puerta de su amigo Juan de Ortega,  
Diciendo á voces, sin cuidarse de vecinos,  
¡Arriba, que ya es tarde, Masculino!

Y no hacen falta más aclaraciones.  
El del bulto colosal es pajarero,  
Y los golpes á la puerta y empellones  
Se dirigen á otro digno compañero,  
Que asustado, soñoliento y sin calzones,  
Se asoma á la ventana muy ligero,  
Y deduce por el bulto que es su amigo.  
Que cumple mejor que él lo convenido.

...Pasa una hora, y en vez de solo uno,  
Hay dos bultos iguales en la calle;  
Sabemos lo que son, y es importuno  
Volverlo á repetir ni dar detalles.  
El silencio que allí reina, como el humo  
A impulsos huye de amigos tan leales.  
Ya sus pisadas suenan al marcharse,  
Y ya empiezan tambien á apostrofarse.

Descargando cada cual caritativo  
La culpa del retraso y la tardanza  
Sobre la firme espalda del amigo,  
Armando entre los dos alegre danza,  
(Suprimiendo, por supuesto, el adjetivo,  
Porque sobra y sería redundancia,  
En cambio se dan los que yo no diferen-  
De los que deben sepultarse en el silen-).

Y no sabemos quién lleva la razon.  
Ambos á dos la fundan en que esperan,  
Lo cual parece cierto, buen lector,  
Porque uno lo hizo dentro, el otro fuera:  
Mas dejémoslos marchar, porque es peor  
Terciar en la cuestion; más conviniera  
Poner la mano acaso entre dos filos  
Que en ocasiones aplacar á dos amigos.

Además de que el asunto nos exige  
Que hagamos alto aquí para aclarar  
Aquel misterio del bulto que aun aflige  
Nuestra mente de un modo sin igual.  
Mas, fuera de rodeos, el origen  
De un caso tan raro y singular  
Es el gran número de efectos de carguío  
Con que hace el pajarero su atavío.

De su cuerpo una línea en superficie  
Libre no queda sin que algun trofeo  
No penda, le sujete ó le ajusticie.  
Sobre el cuello es perpétuo el aporreo

De un haz de *cañotas* recostadas con molicie  
Y empujadas á su vez con gran meneo  
Por diez jaulas que encierran los reclamos  
Y un *armadero* al hombro, esto es, un alamo.

Lo restante del ajuar es poca cosa:  
Son botes, un gran sable y cantimplora,  
O calabaza por ser ménos engorrosa  
Y un zurron; y por si acaso el cielo llora,  
Se hace frente á una suerte vergonzosa  
Fatal al pájaro, terrible, aterradora,  
Llevando el pajarero su gran capa  
Que se quita si llueve y sus pájaros tapa.

Estos son los arreos y utensilios  
Que lleva el pajarero en su escursion;  
Y estos son los mismos que en sus lios  
Se llevaban consigo aquellos dos  
Que dejamos caminar á su alvedrío  
Y es preciso alcanzarlos é ir en pos.  
Van en paz: de su voz no se oye el retintín,  
La direccion que llevan, vá recta al Polvorín.

El autor bien dió á entender sin ser profeta  
Que entre estos dos queridos compañeros  
No correria la sangre en la reyerta,  
Y que era un peligro servir de medianero:  
Tuvo razon: que en ellos resultó salud completa,  
Es un hecho: ¿Y quién se mete á consejero  
Entre los de edad y profesion iguales  
Y por apéndice tambien primos carnales?

Tal era la condicion de estos dos mozos  
Cuyos años pasaban de cincuenta.  
Su profesion primera fué el retozo  
En campo libre sin dar á nadie cuenta,  
Y entre medias ayudar á cantar gozos  
A los frailes, á cambio de pasas suculentas.  
¡Qué tiempos aquellos, recuerda el uno al otro  
Ahora ya no es vivir, esto es un potro!

Pusiéronse despues á cardar lana  
Cuando ya daban las últimas boqueadas  
Nuestras fábricas de paños segovianas  
Que estaban de puro viejas maltratadas,  
Y ambos quedaron pronto con la gana  
De hallar agarradero á otras aldabas;  
Pero aprendieron por fin á zapateros  
Y dedicáronse de lleno á pajareros.

### **Descargas.**

¡Felices ellos y qué pronto encontraron  
Recursos de exigencia para el pico,  
Mientras los fabricantes no lograron  
En pena de haber sido ántes ricos

El dar bola, pero se consolaron  
Cuando enviaron al Gólgota á sus chicos  
O á las Indias en busca de fortu-  
O á por cuartos allá á la blanca lu-

¡Alto aquí que la pluma se desmanda  
Y atrevida se mete en mucha hondura,  
Pasándose, cruel, á la otra banda  
Sabiendo que su mision es la dulzura  
Y que su alto deber solo la manda  
Escribir con decoro y compostura  
Y no imponen leyes al destino  
Que Dios depara al hombre en su camino

---

### **Sigue la historia.**

El que llevan nuestros dos protagonistas  
No era tal como dijimos y consiste  
En un error que padeció la vista  
Que con denso velo á veces se reviste  
Y no ve el objeto cual es, aunque muy lista  
Lo pretenda y parezca que nada la resiste:  
Además que aquella noche no era extra...  
Por no verse ni los dedos de las ma...

Su ruta al Polvorin quedó á distancia  
Regular, cortada, atravesando  
La carretera que lleva hasta la Granja  
Al que vá á caballo, en coche ó paseando;  
Y obraron de este modo por el ánsia  
De doblar la mochila y hacer blando  
Y más corto el camino de la vuel...  
Cuando ya no está la gente tan resuel...

De pan llevar surcaron poca tierra  
De prados, uno, á quien llaman *del monago*;  
Despues pasaron por la peña *rodandera*  
Patrona de los sastres y gran trago  
De rábia para madres, para chicos breva  
O de dulces pastelillos un regalo.  
Salvados ya estos bienes terrenales.  
Sin un boton y deshechos los ojales

De su traje al vaiven del tira-afloja  
Del largo caminar con tanto arreo,  
Al fin se vieron libres de congoja  
Llegando al sitio destinado al regodeo  
Detrás de San Gabriel, donde no es floja  
La afluencia y el alegre musiquéo  
De estos pájaros, que por ser tan inocentes  
Adoptan aquel paso creyéndole prudente.

### Letargo.

¡Oh dulces recuerdos que á la mente vienen  
Al contemplar los sitios que en un tiempo  
Daban la dicha y la ilusion, por bienes!  
Vuestro alhago es consuelo sin ejemplo  
De la suerte contraria y sus vaivenes  
En tantos años de desvío y sufrimiento...  
...Deteneos... un momento más... yo lo demando  
Y quede el alma sumida en vos soñando.

¿Y qué fué de las alegres cantinelas  
Entonadas en el prado, hoy solitario,  
Al compás de la guitarra y castañuelas  
Por muchachas del pueblo proletario?  
¿Y tú, divina Paca, envidia de mozuelas  
Porque eras la flor más linda de este prado,  
No te acuerdas que solo con tus ojos  
Despertabas en el corro mil antojos?

Y ahora ¿do estás? ¿dónde te fuiste?  
¿Te persiguió tambien la suerte fiera  
Obligándote á emigrar llorosa y triste?  
Mas no, que la fortuna para tí fué lisonjera;

Me dicen que de tu patria no saliste,  
Ni el hado te permitió vivir soltera  
Y que de tu talle salió la hermosa espiga  
Que se parece tanto á tí ¡Dios la bendiga!

---

### Continuacion de la historia.

Todo el tren descansa ya en el suelo;  
El pajarero en cuerpo y alma se dilata  
Y dirige con afan su vista al cielo  
Por ver de allí á la aurora lo que falta.  
Está raso: la mañana será un hielo  
Para el alba falta una hora, salvo errata.  
No hay remedio, hay que sufrir aquel relente  
Con paciencia, y dar diente con diente.

Encender una fogata nunca se usa  
Pues seria dar alerta á los *pinzones*  
Ó atraer las polillas ó pelusas  
Que están lejos de allí por mil razones.  
Por lo tanto han de sufrir, dicen las musas,  
Sin remision de culpas ni perdones  
Estos dos pajareros el mal paso  
Que dieron por ponerse tan al raso.

Ya vá á salir el sol ¡otro trabajo!  
¿Y habrá acaso lector tan desatento  
Que se ponga á decir con desparpajo  
Que el sol no dá calor al friolento  
Ni que éste es capaz de ir por atajos  
En su busca corriendo leguas ciento,  
Y atravesar si es preciso otros imperios  
Con el ánsia de tomar un refrigerio?

Si tal hay, pareceria el dicho paradoja,  
Y sin embargo, no lo es, y se demuestra  
Perfectamente bien; doblemos la hoja.  
El pajarero en tal momento le detesta,  
Le aborrece y fiero me le arroja  
La vista más cruel y más siniestra.  
Cuáles son las razones de este insano  
Proceder, para nadie es un arcano.

El calor grato que esparce lisonjero  
Aquel astro colosal sobre la tierra  
Pone blanda la liga al pajarero,  
Y éste sufre de aquel muy cruda guerra.  
El pájaro no prende; si lo hace, el manoteo  
Le desprende fácilmente, y se destierra  
Para nunca más volver, ni aun por alpiste:  
Los demás hacen lo que él, tú que los viste.

Ya se ocupan los dos muy afanosos  
En preparar en los puntos convenientes  
La aña gaza que un génio caviloso  
Inventó para sacrificar mil inocentes.

Los armaderos de qué hablamos, tan colosos,  
Firmes los plantan, uno de otro enfrente,  
Poniendo aparte los reclamos en sus jaulas,  
Para seducir y atraer, ¡valientes maulas!

De trecho en trecho colocan las *pincheras*,  
Que quieren significar que son arbustos,  
Y son pinchos ó cardos en montones,  
Dificiles de manejar por ser adustos,  
Que esparcidos por el campo en colecciones,  
Los recoge el pajarero sin disgusto.  
Operacion facilísima, admirable,  
Donde aquel nos luce de caballería el sable.

Pero falta la operacion más dolorida:  
*Envaretar*, ó en términos más claros,  
Envolver paja de esparto con la *liga*.  
Aquí sí que hay por fuerza que pasar el aro  
Y comerse del pan toda la miga,  
Pues solo la mano lo hace con amparo  
Del viento helado que sopla al ser de dí-  
Usurpando á Otelo su ilustre nombradí-

Dispuestas ya estas cosas tan precisas,  
Retíranse de allí cincuenta pasos,  
Y al abrigo de una peña monda y lisa  
Se ponen en acecho, y para el caso,  
Ni necesitan capa ni de otra cortapisa,  
Que de estorbo les seria y de embarazo  
Al correr cuando llega aquel momento  
En que el pájaro se pega en el ungüento.

Diz que en descripciones asombrosas  
Hombre nacido no la echaba el guante  
Á la célebre pluma prodigiosa.  
¡Buena falta nos hacia en este instante  
Para dar lo necesario á la forzosa  
Relacion que inserta nuestra tercia parte!  
Mas fuera temor, se hará lo que se pueda,  
Y si no, el camino para todos ancho queda.



## TERCERA PARTE

### El colmo de la felicidad.

Como dos penitentes ermitaños  
Estaban nuestros mozos en espera:  
El semblante que tenían era uraño  
Por efecto de la noche sandunguera.  
Por fortuna sus temores salen vanos  
De que el sol con su luz les destruyera  
La cosecha en que confían, pues se nota  
Que abandona el campo y el cielo se encapota.

No respiran: su vista es fija y vigilante:  
Estáticos están: no hablan palabra:  
El que tenga gana de algo que la aguante,  
El menor movimiento la ruina de ambos labra;

Pues ya viene por detrás y por delante  
Gran bandada atraída por la zambra  
Del *chipiculéo* que entonan los reclamos  
Con el *chipiculí* que responden sus hermanos.

Aparta, inocencia feliz, sigue el camino  
Que alegre has emprendido por los aires,  
Y en ellos cantos dulces, peregrinos,  
Sigue entonando á despecho del desaire  
Que en la tierra vas á hacer al que maligno  
Hace cantar con grandísimo donaire  
Á otros que te engañan lastimeros  
Porque hoy se ven metidos en encierro.

Avecilla dichosa, acá no bajes;  
Trisca, juega, detente en el espacio  
Do cual reina mil goces satisfaces,  
Porque hecho para tí fué ese palacio.  
Mas en vano, mi voz no te agrada ni te place,  
No la oyes ni la escuchas y es presagio  
De los males sin cuento que te esperan  
Si en ese ciego empeño perseveras.

Cual rayo desprendido por las iras  
Celestiales, de igual modo descienden  
Los incautos pajarillos á la liga,  
Y pronto se les ve que de ella penden  
Y que pueblan las trincheras enemigas,  
Do presas quedan, do nadie las defiende.  
Mas qué lección, para el hombre este es un cargo;  
Pero este libro no recibe estos encargos.

Tras el trabajo está la recompensa;  
 Esta es razon corriente y harto ducha,  
 Y todo el mundo la toca en su conciencia:  
 Más que aquella sea poca ó sea mucha  
 Es cuestion que corresponde ya á la ciencia  
 Del bien vivir, á que llaman *hacer hucha*.  
 Y en todas profesiones, no exceptuando las sublimes,  
 No se ven de la avaricia los confines.

Única excepcion aislada, solitaria  
 Á esta regla, es el pobre pajarero  
 Como hemos explicado veces varias,  
 Ni lleva consigo, ni vá á buscar dinero,  
 Y creemos que su aficion hereditaria  
 Sola le empuja trasformada en avispero,  
 Que le aguija, le punza y mortifica,  
 Y no le deja vivir, le sacrifica!

El explicarnos así no es excusado,  
 Porque vemos que está cerca ó ya presente  
 La ocasion en que el pajarero está abocado  
 Á coger aquel fruto consiguiente  
 Á sus duros trabajos, que hasta el grado  
 De la heroicidad llevó valientemente.  
 Y volvamos nuestra pluma á do ella iba  
 Si bien la interrupcion no importa una higa.

Apenas llega el momento apetecido  
 Los amigos se disparan como gamos  
 Y salvan á pasos largos, desmedidos,  
 Las tierras, los valles, los pantanos,

Los mares, las montañas y los ríos  
Si los hubiera, mas como es un triste llano  
No hay de qué; entre tanto de saliva  
Humedecen la mano para manejar la liga.

Sin esta precaucion mal se verian  
Por ser materia que se aferra á partes secas,  
Y en vez de desligar se ligarian  
Los primeros, quedando cual Babiecas  
Mirando cómo el pájaro deslia  
Su atadura y haciéndole una mueca  
Elevarse majestuoso por los vientos  
Y alegre al verse libre de tormentos.

Pero no hay que cansar ni dar tortura  
Á la imaginacion, pues bien se sabe  
Que nunca migas hizo la fortuna  
Con el sér desgraciado, y que si cabe  
Huye su encuentro desque sale de la cuna  
Hasta su entierro, que no suele ser tarde:  
Por eso en la alta esfera estaba escrito  
Que estos pájaros vendrian al garlito.

Así fué: los pajareros se despachan  
Completamente á gusto y se retiran  
Cargados de botin hasta las cachas  
Á sus tiendas; allí por siempre olvidan  
Su frio, su temblar, su mala facha,  
Y contentos ya departen cuando miran  
Que viene rectamente *del Cerrillo*  
Otra bandada que parece de pardillos.

—Agacha y cállate, que son pinzones,  
 Dice el uno por lo bajo y dedo en boca.  
 —¿El qué?—No tienes tú malos girones,  
 Contesta el compañero ¡una bicoca!  
 El Cerrillo lo que envía son gorrones  
 Que vienen, que se van y hacen carocas  
 Los dos que así hablaban no mentían,  
 El uno sí, por ser gorrones que desfilan.

Desde el punto de mira á la trinchera  
 Siguieron todavía un grande espacio  
 Repitiendo sin cesar sendas carreras  
 Tras los que vienen despues algo reacios.  
 El cálculo que doy son veinte leguas  
 Las que á escape se entiende y no despacio  
 Se anduvieron estos mozos en tres horas  
 Que pasaron hasta aquí desde la aurora.

Mas la fortuna corona con gran brío  
 Sus esfuerzos, y liberal y cariñosa  
 Les dá lo que se llama un buen avío  
 Ó cosecha de pájaros rumbo al  
 Benéfica además les quitó el frío  
 Haciéndoles viajar á la forzosa  
 Y apretar amenudo los ijares  
 Para entrar en calor, sudar á mares.

El precioso y dulce don del apetito  
 Con cuidado paternal les desarrollan  
 Y sacan por lo tanto lo prescrito  
 En tales casos, reduciéndose la olla

Á frescos salchichones, manjar santo y bendito,  
Que aquí presentan la forma de cebollas,  
Y una hogaza varil, que con porfía,  
Despavilan los dos rebotando de alegría.

Quien á fuerza de afanes no se cansa,  
Jamás podrá gozar dulce descanso,  
Ni en comer tendrá placer, siquiera en chanza,  
El que no le dá vagar, como hace el ganso.

Tal proceder no es digno de alabanza  
Ni envidiable, según lo que yo alcanzo,  
Verdad palmaria que demuestra el pajarero  
Al comer tumbado, lamiendo hasta sus dedos.

Como el tiempo vá pasando y la hora avanza  
El pájaro se ausenta á hacer su siesta,  
Y al suelo el pajarero se avalanza  
Para hacer lo mismo que él, y aquella fiesta  
Se suspende en virtud de tolerancia  
Habida entre ambas partes sin protestas.  
Aunque la ley del dormir no es atacá-  
Como pueden serlo las del mundo inmensurá-

Ya despiertan; ya en amor y compañía  
Están los pajareros conversando.  
Consiste el tema en los azares de aquel día,  
Á la vez que los dos van desplumando  
Aquellas pobres víctimas ya frías,  
Que sin cesar las hace estar volteando  
La mano del pajarero, sin segundo  
En pelar, porque no hay otro en el mundo.

Y como es de suponer y era evidente,  
Queda pronto la faena terminada  
Y solo resta lo esencial; por consiguiente,  
Para que esto tenga efecto y coronada  
Quede la obra destinada al diente,  
Con la gran sarten aquellos camaradas  
La emprenden, y dándola cien vueltas,  
La gran cuestion *vital* dejan resuelta.

La mitad de la funcion llegó hasta aquí:  
Ahora cambia la escena en cierto modo,  
No el asunto, porque en él no ha de influir  
En parte alguna y aun ménos en el todo  
El cambio de decoracion que va á venir,  
Aunque es de trascendencia; y sobre todo,  
Si hay influencia ó el cambio la trajere,  
Que el lector tenga paciencia, si quisiere.

El gozar para el hombre siempre es costoso,  
De aquí resulta el no haber hecho vivanitos  
Que no procure con afán tenerlos su baga,  
Siguiera esto sea por fusticar el diente,  
Al asedío que en su delirio aboga;  
En su ciega obstinacion é impertinencia  
Porque el hombre en ayunos y abstinencias  
La vida pasa ó en dura penitencia.

Que el lector venga conmigo y dé la vuelta  
En redor y le convencerá lo arriba dicho.  
Se ven por aquel casapo á mano diestra  
Varios grupos de gente que al capricho

Y como es de suponer y era evidente.

Queda pronto la fiera terminada.

Y solo resta lo esencial: por consiguiente.

Para que esto tenga efecto y coronada.

Quede la obra destinada al cliente.

Con la gran suerte aquellos comendados.

La emprenden, y dándola con vuestras.

La gran cuestión volar dejan resuelta.

La mitad de la función llegó hasta aquí.

Ahora cambia la escena en cierto modo.

No el asunto, porque en él no ha de influir.

En parte alguna y aun ménos en el todo.

El cambio de decoración que va á venir.

Aunque es de trascendencia, y sobre todo lo como.

Si hay influencia ó el cambio la traiga.

Que el lector tenga paciencia, si quisiera.

Y al oír la ley que se le da en el teatro.

Se suspende el teatro y se suspende el teatro.

Habida entre ambos partes sin prometer.

Aunque la ley del teatro no es nueva.

Como quedan los dos en el teatro como.

Ya despertaron ya en el teatro como.

Están los pajareros en el teatro como.

Conde el tema en el teatro como.

Á la vez que los dos van despertando.

Aquellas pobres víctimas ya están.

Que sin cesar las hace estar volando.

La mano del pajarero, en el teatro como.

En el teatro como ya en el teatro como.

## CUARTA PARTE

### Ojeada.

El gozar para el hombre siempre es moda;  
De aquí resulta el no haber bicho viviente  
Que no procure con afan tenerlo en boga,  
Siquiera esto sea por hincar el diente,  
Al ascético que en su delirio aboga,  
En su ciega obstinacion é impertinente  
Porque el hombre en ayunos y abstinencias  
La vida pase ó en dura penitencia.

Que el lector venga conmigo y dé la vuelta  
En redor y le convencerá lo arriba dicho.  
Se ven por aquel campo á mano diestra  
Varios grupos de gente que al capricho

Esta campiña en humos de floresta  
Han trasformado, siendo ayer prodigio  
En peñascos, rastrojo y yerba enana.  
¡Todo lo trastorna la conducta humana!

Aquí se hallan los factores de la fiesta:  
Los demás son devotos que atraídos  
Por ellos fueron como el eco ó la respuesta  
Se produce sin remedio al golpe ó ruido  
De pronunciada voz en parte así dispuesta,  
Ó porque génio y sangre salió del mismo nido  
Y el mandato de natura incontrastable  
Obedecen ciegos por ser inapelable.

Sirven éstos de adorno en la funcion,  
Pues aquí del principio hasta el remate  
Solo reina la alegría y la expansion.  
Ni vinieron cargados con un parque  
De guerra como aquellos, sino en són  
De revista lujosa y desembarqué  
Fácil, para estar, si hay ganas en la escolta,  
Dispuestos á emprenderla con la polka.

Noventa y nueve de cien veces acontece  
Esto mismo, y seria en verdad dogal cruento  
Con la cruz cargado andar y luego verse  
Precisado á bailar con gran contento.  
Por eso el hombre previsor que no adolece  
De tanta debilidad es un portento  
(Como todo aquel que, como él, tiene estas mañas)  
En prudencia y en saber llamarse *andana*.

Continuemos nuestra marcha exploradora  
 Por los altos de la Dehesa y un instante  
 Dirijamos la vista adonde mora  
 La antiquísima ciudad que está delante  
 Y gocemos de su vista encantadora,  
 Empezando por decir muy terminante  
 Que el Chamberí segoviano á la derecha  
 Queda unido á un torreón de oscura fecha.

La gran plaza de toros casi en ruina  
 Se halla en su falda, y á cien pasos  
 La maestranza de artillería que se obstina  
 En su triste abandono y casi un lazogal  
 Estrecho forma con la fábrica de harinas  
 Metida en un vergel sobre el ribazo  
 Que domina las aguas del Clamores  
 Que templan de aquel sitio los ardores.

Descuellan á lo lejos frente á frente  
 Edificios de construcción rica y notable;  
 Restos de edad lejana y diferente.  
 El fuerte Alcázar de belleza imponderable, (1)  
 De asiento firme sobre rocas imponentes  
 Dominando sobre abismos con frente inexorable,  
 El que fué guardian de monarcas ostentosos  
 Y de sultanes y adalides poderosos.

---

(1) Este Alcázar fué presa de un voraz incendio el 6 de Marzo de 1862, y desde entonces se halla completamente abandonado, y causa sentimiento el ver cómo vá desapareciendo dia por dia todo lo que quedó de tan bella fábrica, que, si pronto no se remedia, llegará á ser antes de pocos años no más que un monton de ruinas.

Aquel que á la sultana en sus vagares,  
De cien bellas esclavas rodeada,  
Placer la daba y alivio á sus pesares,  
Cuando inquieta dirige sus miradas  
Por los campos castellanos y alijares  
Por do el moro sultan en algarada  
Caminaba á combatir á los cristianos  
Por su Dios y por su amor, fiero y ufano.

De aquí salieron las leyes castellanas  
Que el talento trabajaron del Rey Sábio,  
Aquellas célebres Partidas tan galanas,  
Porque hoy castigan como entonces los agravios.  
Y es aquesta fortaleza segoviana  
Do fué la farsa ó la verdad del astrolabio.  
Aquí de Estado los secretos se encerraron,  
Y su vida grandes reos acabaron.

Orgullosa, potente y favorito  
Por los reyes y magnates castellanos  
Que en él tenían su asiento, muy querido  
Se vió en el siglo quince muy lozano:  
Allí banquetes y saraos repetidos,  
La farsa y la comedia en todas manos  
Alternaban sin cesar con los torneos,  
Y él es testigo de aquellos devaneos.

Mas como el bien no es completo en esta tierra,  
Tuvo entonces grandes dias de amargura.  
Combatido se vió con mano fiera  
Por el pueblo segoviano sin ventura,

Cuya paz los magnates siempre alteran,  
Ni se ocupan de su bien ni su cultura,  
Y tiene á cargo este Alcázar tantas penas  
Como piedras del cimiento á las almenas.

Tristes lances en él se han continuado  
Hasta el siglo diez y seis: en su año veinte  
Los soldados del gran Cárlos han cerrado  
(Se hallaba aquel en Flandes en deleites)  
La série de desgracias y altercados  
Que por siglos á Segovia en suave aceite  
La tuvieron nadando entre moros y cristianos,  
Por coger aquella joya entre sus manos.

Mas ya vienen para él dias de calma,  
Los Felipes le visitan por capricho,  
Y su esplendor sostienen y le salvan;  
Y un Cárlos, el tercero de este *dicho*,  
Establece en su interior colegio de armas,  
Que embellece á la moderna aquellos sitios;  
Pero aquí se han concluido tantas glorias;  
De aquí adelante ya no tendrá historia.

De Árias Dávila la torre fuerte y doble  
De almenas sobre adarves coronada,  
Do apoyaba sus razones aquel noble;  
La que hoy Lozoya tiene por morada,  
Y otras varias de esta clase que en su mole  
Su historia propia tienen incrustada,  
Y la excelente catedral en las alturas  
Que domina todo con su grande hermosura.

El interior de este templo corresponde  
 Á su bello exterior, y es admirable  
 La sorpresa que causa y que responde  
 Perfectamente bien en sus detalles  
 Á todo el que de curioso tenga el nombre  
 Por conocer lo que encierra de notable.  
 Lo primero que resalta es el gran coro,  
 Con dos elegantes órganos sonoros.

Su sillería es costosa y de arte antiguo,  
 De mármol y en relieves noble pieza  
 Es el púlpito y de autor de grande estilo:  
 De la gran capilla y coro me embelesan  
 Las verjas que los dejan muy tranquilos.  
 Y del trascoro el altar tiene belleza.  
 En decorado de capillas no hubo tino,  
 De elegancia este templo era muy digno.

De las muchas que contiene, tres ó cuatro  
 Sostienen del curioso la atención  
 Y le halagan y entretienen cierto rato.  
 Una de ellas se intitula Concepcion:  
 Bella estatua y grandes cuadros que yo acato  
 Conserva esta capilla en su interior,  
 Pero algunos en estado deplorable  
 Se miran por descuido imperdonable.

Cierra la capilla una gran verja  
 De buena y trabajosa construccion  
 Que la conquista de América recuerda,  
 Pues de ella vino en flamante embarcacion

La materia de que consta toda entera,  
 Caoba maciza de muy alta apreciación,  
 Por la suerte especial que la acompaña  
 De ser la primera que se vió en España.

La Piedad, San Anton, la del Consuelo  
 Y otra alguna se deben ver también,  
 Porque en ellas aparece el arte bello  
 Ó el antiguo, y de ello arrastra un tren

La sala capitular que lleva el sello  
 De grande majestad. Si el claustro ves  
 Las dotes miras de la antigua catedral  
 De do se hizo el traslado muy formal.

Clara y brillante luz dán á este templo  
 Grande número de artísticas ventanas,  
 Y en colores y dibujo son portentoso  
 Las vidrieras que las cierran y engalanan,  
 Y á los ojos dan solaz y arrocamiento.  
 Obra maestra de gran mano castellana  
 Á la vez que de flamenca, gente amiga  
 Que hicieron nuestras culpas enemiga.

Hay de alhajas muy costosas buena tanda  
 Que se cierran bajo llave y con recelo,  
 Sin embargo de haber leyes venerandas  
 Y santos y santas en este hispano suelo.

De ellas solo citaremos una que anda  
 Por sí sola, un carro triunfal digno modelo  
 Trabajado á la perfección en metal fino.  
 Y prosigamos ya, lector, nuestro camino.

De San Estéban la torre es muy galana,  
 Muy recto su perfil, muy delicada,  
 La más bella entre las torres segovianas.  
 ¿Y quién tales remiendos, perdonando la palabra,  
 Puso, torre linda, en tus góticas ventanas?  
 ¿Cuyo el corazon que te dió tal puñalada?  
 ¿Sentó jamás el lienzo de Vivero  
 Puesto en traje de rico terciopelo?

Del Seminario la fachada es muy laudable,  
 De severa construccion, decente coste;  
 Santa Cruz es del gótico agradable;  
 Á San Agustin, el bello, le pierden rudos golpes;  
 San Millan demuestra lujo impresionable  
 Por la mucha antigüedad y grandes dotes;  
 De San Martin el átrio el ojo llena  
 Y en sus capillas hay algo que enajena.

Santo Domingo el Real es una historia  
 Del culto segoviano de otros tiempos  
 Al grande Hércules, sosteniendo la memoria  
 En este que debia ser su templo  
 Una estatua que, cual fiel ejecutoria,  
 En él existe despues de muchos cientos  
 De años y al héroe presenta  
 Ejerciendo tales fuerzas que amedrentan.

San Francisco en mucha parte es tan decano  
 Como lo es el anterior si bien se mira;  
 En los siglos medios le sentaron bien la mano  
 Y de ellos se ven cosas que aún admiran.

Todavía en nuestros días este anciano  
 Ha llamado la atención de los que en filas  
 La ciencia aprenden y el manejo del cañon  
 Y á defender serenos de España el pabellon

Á San Juan, si bien muy noble, por el suelopio  
 Ya casi se le ve, y la indolencia  
 Aquí se patentiza de mi pueblo,  
 Cuyas glorias escritas con prudencia  
 En su archivo se guardaban con anhelo  
 Y con gran solicitud y diligencia;  
 Y hoy solo los cielos saben dónde  
 Andarán ó qué mano las esconde.

El Parral, lujoso albergue de Jerónimos  
 Que de Castilla la riqueza atesoraba,  
 Se hizo el siglo quince en bien del prójimo  
 Por Villena, el marqués, que lo pagaba  
 Con licencia de Enrique, baron óptimo.  
 San Miguel, esbelto, á Laguna nos guardaba  
 El edificio de la cárcel honra al pueblo  
 Á la vez que es tambien su desconsuelo.

¡Y tú, modesta morada de Juan Brabo  
 Que en calle existes que te roba el nombre,  
 Recibe este recuerdo que ha inspirado  
 La sombra venerable de aquel hombre  
 Que dentro de tus muros has guardado;  
 Del gran patricio y caudillo de renombre  
 Que entregó su cuello fiel á la cuchilla  
 Por la honra y por los fueros de Castilla!

Á graves reflexiones nos induce  
 La vista de la iglesia de Templarios,  
 Que há seis siglos ya, que en sueño dulce  
 Reposa aislada envuelta en su sudario,  
 Despues de presenciar á do conduce  
 Poder, riqueza y brio extraordinario.  
 Ejemplo patente de que yo me valgo  
 Para decir que la desgracia es hija de algo.

De fé profunda y de creencia sana  
 Es una muestra fiel, firme y honrosa  
 La noble iglesia de la Virgen segoviana;  
 Á sus lados se ven la caprichosa  
 Puerta de Valladolid ó Castellana  
 Y las cuestras pintorescas, pedregosas,  
 Do San Juan de la Cruz su penitencia  
 Ejercia en amor de Dios con gran paciencia.

En su fondo se mira con espanto  
 Un espacioso templo carmelita  
 Cuyo nombre corresponde en grado tanto  
 Á San Juan de la Cruz el eremita  
 Cuanto encierra en cuerpo y alma á aqueste santo:  
 Su fachada presenta buena vista.  
 Se halla próximo San Márcos el romano,  
 Do ruega á Dios que llueva, el Segoviano.

La casa de moneda unida al rio  
 Presenta construccion á la flamenca:  
 La que antes de esta acuñaba con gran brio  
 Junto al arco de San Juan aún se presenta

Robusta y fuerte, probada en desafíos:  
 el palacio episcopal gran lujo ostenta;  
 Y en fin, nuestro Acueducto es un esfuerzo  
 De la inteligencia que asombra al Universo.

Informes restos de Itálica famosa  
 Del gran Rioja la imaginacion hirieron  
 Y hondos suspiros de un alma generosa  
 Una inmortal cancion brotar hicieron  
 De entre aquellas tristes ruinas misteriosas  
 De palacios que hubo allí y desaparecieron.  
 Y un monumento tan benéfico y excelso  
 No ha debido al poeta un solo verso.

Y veinte siglos há que deslumbrante,  
 Majestuosa y varonil su arquitectura  
 De generacion en generacion firme y constante  
 Presenta su noble faz y alta hermosura  
 Á la vista del hombre un solo instante;  
 Porque él tiene la vida larga y dura,  
 Y la del hombre infeliz no es duradera,  
 Y es cual ráfaga de viento pasajera.

Y otros tantos há que al Segoviano  
 Su ardiente sed apaga cuidadoso  
 Y de bienes le colmó con franca mano.  
 Él riega sus jardines y afanoso  
 Aliento dió á sus fábricas, lozano:  
 Y aún hoy en su desgracia cariñoso  
 Su existencia conserva y la esperanza  
 De ver en su estado actual grata mudanza.

De la española nacion es rica joya,  
 De sus nobles edificios el decano  
 Y su fama, universal, porque se apoya  
 En fiel testimonio de propios y de extraños.  
 Sea gente de gran ciencia ó de tramoya.  
 Por entre estos bellos arcos segovianos  
 Tuvieron franco paso en todo tiempo  
 Sirviéndoles de admiracion y pasatiempo.

Los caudillos de todas las naciones:  
 Por él pasaron los romanos y los gódos,  
 Los sectarios de Mahoma en pelotones  
 Y nuestros tercios desfilando en buenos módos,  
 Y en tiempos más modernos, batallones  
 De flamencos y de suizos pedagogos,  
 De ingleses, alemanes y franceses  
 Y de nuestros semi-hermanos portugueses.

Él ha visto brillar en las Castillas  
 Dias de libertad, de inmensa gloria;  
 Y tambien desaparecer y hechas astillas  
 Sus leyes sacrosantas y su historia  
 Que al orbe patentiza su hidalguía,  
 Y que todo huyó despues tras vana gloria  
 Y á impulsos del más fiero despotismo  
 De intransigencia febril y rigorismo.

Y pues larga historia y de elocuencia llena  
 Se lee en vuestras piedras, y esculpida  
 En vos se mira la elegante vena  
 Del diestro artifice que os dió la vida

Y que á este pueblo servís de noble emblema  
Como al génio de senda esclarecida  
Por do ha de marchar firme y sereno,  
Ante tí ¡Monumento inmortal! yo me prosterno.

Descendiéramos con gusto á otros detalles  
No indignos de mencion en este sitio,  
Porque acaso en otro pueblo no se hallen  
Por ser de antiguo mérito no visto,  
Si no temiéramos cansar á los mortales  
Que nos leen; quede, pues, para otro escrito,  
Y nuestra nave dirijamos en conserva  
Con rumbo y vista fija hácia la izquierda.

La del salon no sorprende á los humanos  
Porque á fuerza de errores y dislates  
Han cubierto con cal y *canto llano*  
Los cubos de muralla que con arte  
Se hubieran presentado á los profanos  
No como son hoy, como eran antes.  
De aquí la gran cuesta se desprende  
Que halaga en alto grado á quien lo entiende.

Á sus piés la llanura donde empieza  
El gran *Camino nuevo* cuyo nombre  
No cuadra en modo alguno, pues tropieza  
Con el inconveniente de *viejo* aunque le honre  
Y ser paseo de grandísima belleza  
Cuyos frondosos árboles le esconden  
A los rayos del sol que impenetrables  
Los hace el ramaje, cuyo enlace es agradable.

Si ahora un salto diéramos, de pronto  
 Nos halláramos en medio del Mercado,  
 Espaciosa y larga calle donde noto  
 La escasez de palacios hasta el grado  
 Mayor superlativo ó muy remoto;  
 Pero entiéndase bien; lo relatado  
 Se refiere á nuestro siglo, yo no niego  
 Que lo fueran allá en tiempo de los Medos.

Se sale de esta calle por mil partes,  
 Por eso no digo que la cierra un arco  
 Levantado el siglo quince en su remate  
 Para eterna memoria de aquel acto  
 Sublime ¡oh madrileño! de sacarte  
 De las garras del moro y su mal trato,  
 Y aunque busques mil recursos afanoso  
 Por probar lo contrario y generoso

No te muestres, tanto más nos acreditas  
 Que no puedes salir con lo que intentas,  
 La verdad es una y sola y no se quita,  
 Nuestra historia no finge, y nada inventa;  
 Si vienes, tú verás que aquella cita  
 Que nuestro autor inserta no es violenta;  
 Patente está en San Juan y bien fundada  
 En inscripcion antigua gótica dorada.

Vénse al pié, con dolor, abandonados  
 Dos sepulcros nobilísimos que encierran  
 Los cuerpos de valientes capitanes  
 Conquistadores de tu pueblo aunque no quieras,

Aquí puestos con decencia por galanes  
Á pocos años del suceso en que murieran:  
Los nombres ya los sabes, claro está,  
Del gran Fernan García y Dia Sanz.

El arco se construyó como hemos dicho  
Mucho tiempo despues, cuando tomaba  
Grandes vuelos otra vez y de oro el pico  
En Castilla, Segovia, y la cantaba  
Otro gallo, segun el refran aquí verídico;  
Por eso en piedra se repiten las granadas,  
Mote de los tiempos revueltos pero ricos:  
Por eso tambien Segovia no se aflige  
Porque Dios aprieta y no ahoga, ya lo dije.

Este arco triunfal, que bien merece  
Le demos ese nombre si el cotejo  
Hacemos con otros que aquel tiempo ofrece  
En pueblos castellanos, hoy el viejo  
De Arco ó Puerta de Madrid ejerce,  
Y no le dejará sin el pellejo.  
Su construccion es sencilla pero seria,  
Bien formada en granito y blanca piedra.

El órden es el dórico muy bello,  
Y aunque en formas reducidas, el conjunto:  
Adornando en extremo todo aquello  
De España y de Segovia el limpio escudo.  
Á los lados se ven firmes cual ellos  
Los guerreros con aspecto fiero y rudo  
De lanza armados, la faz hácia Madrid,  
Por si el moro se atreviera á entrar en lid.

Aquí la tosca relacion cortamos;  
 Relacion que emprendimos por curiosos  
 En nuestro asunto principal dejando un vano.  
 Pero al llegar á este punto, ya es ocioso  
 Disculparse ante el lector, aunque es el amo;  
 Pues lo dicho escrito está, y si es juicioso,  
 Dirá que si no hay cosa que á otro enoje,  
 Cada uno debe obrar como le antoje.

Prosigamos diciendo: En este punto  
 El relato se cruzó con nuestros pasos,  
 Es decir, que quedamos casi juntos  
 Viniendo de Chamberí la Dehesa abajo  
 En la puerta de Madrid, donde el asunto  
 Debemos anudar, aunque el trabajo  
 Nos cueste, y andar cual peregrino  
 Hasta dar con el hilo que perdimos.

### **Sigue la historia.**

Ya en la mano está, ya no se pierde  
 Ni tampoco el camino que andar toca  
 Tras otros pajareros que en el verde  
 Del valle de *Tejadilla*, acá en su popa,

Que con nombre de *entablada* le precede,  
 Están en espera de ganancia loca,  
 Como sus compañeros de *ultra retro*.  
 (Decimos esto así por bien del metro.)

### Contraste.

¡Oh valle de Tejadilla, tu abandono  
 Imprime al alma tristeza y amargura;  
 El llanto y el dolor suben de tono  
 Al ver las rocas que te asedian de la altura  
 Y amenazan tu existencia con encono:  
 En tí hay silencio y soledad, y la angostura  
 Encerrada como en círculo de hierro,  
 Destinada al alma parece en su destierro!

Mas si es verdad que careces de alegría,  
 La mano omnipotente generosa  
 Te dota en cambio de fuerza y energía  
 Para brotar de tus rocas espantosas  
 Yerbas y flores que esparcen ambrosía  
 Y el finísimo perfume en que rebosan:  
 Y el nombre bien mereces, no cismático,  
 De valle de Josafá, por lo aromático.

### Concluye la historia.

Echemos paso atrás, y en la *entablada*,  
 Que es terreno con exceso accidentado,  
 Fijemos por momentos la mirada,  
 Ya que aquí nos trajeron los pecados,  
 Porque de lo que vemos nada halaga:  
 Mas hoy es de cajon que esté animado  
 Con el baile nacional, que no concuerda,  
 Pues no hay pizca de terreno que no muerda.

Los que á este sitio vienen, de las zarzas  
 Se apoderan y las cortan, iracundos,  
 Las puntas y cogollas que realzan  
 Con el filo del sable furibundo;  
 Despues la *vareta* allí se engarza,  
 Y el pájaro se pega, ó se hunde el mundo.  
 Y hay quien de aquí mil pasos todavía  
 Prosigue animoso por el ancha via

Del fresco Guadarrama, y en el soto  
 Que es hijo de Revenga, ó en los prados  
 Que llaman Pelaéra, donde el choto,  
 Con los mansos corderos hermanado,

Brinca y salta, ó pace boqui-roto,  
Sienta sus *reales* de esperanza armado,  
Y procede á ejecutar siempre lo mismo,  
Ni de la ciencia reza más el catecismo.

De aquel dia el final se va acercando;  
El sol declina en su marcha majestuosa  
Y la gente de los grupos desfilando  
Deja triste la comarca y silenciosa.  
El pajarero tambien se está ocupando  
En la operacion que es muy larga y enojosa  
De coger los efectos por allí esparcidos  
De los cuales la mitad dá por perdidos.

Porque el velo del crepúsculo le impide  
Los objetos columbrar con vista clara;  
Además de que en sus ojos no reside  
Aquella facultad tan lince y rara  
En el mirar que tuvo y la decencia pide,  
Y en concepto de la gente le apicara:  
Hizo en fin como bueno cuanto pudo,  
La marcha emprende y sale del apuro.

Su andar es vacilante y sin conciencia  
De sí mismo; pero tiene quien le iguale  
Y resbala como él, y la paciencia  
Apura de los que justos y cabales  
Sin trazas de mareo ó somnolencia  
Contentos se retiran á sus lares  
Y van al lado, mas estos se desquitan  
Con pullas frescas en vez de agua bendita.

Entre el cielo y la tierra un manto negro  
 Se interpone, es decir, que ya es de noche,  
 Y ancha libertad á los requiebros  
 Proporciona aunque vengan de un bamboche  
 Ó de algun patizambo ó boqui-negro  
 Ó bien de ordenado sacrismoche:  
 Todo pasa y se recibe á manos llenas,  
 La moneda mala allí corre como buena.

Sin cesar el pajarero en su camino  
 Continúa trampeando y con su carga  
 Llegando malparado á su destino,  
 Donde su cara mitad aquella albarda  
 Le ayuda á echar de sí con cierto mimo  
 Peculiar del que su sentido embarga:  
 Y aquí la lucha empieza á ser formal  
 Con palabras que no están en el ritual.

Y una niña  
 Se interpone  
 En las cuestiones  
 De ella y él,

Y apacigua  
 La tormenta  
 Que cruenta  
 Puede ser.

Y esta niña  
 Es de quince años

Segovianos  
Lindo el pié

Como un ángel  
La faz pura  
Y la ventura  
Para aquel

Que con suerte  
Y por sorpresa  
La interesa  
En su querer.

Ya contento  
El pajarero  
Lisonjero  
La abrazó.

Y ella en cambio  
Aquel abrazo  
En fuerte lazo  
Devolvió.

Y es entonces  
Que la calma  
Aquellas almas  
Cobijó.

Sosegado  
El pajarero  
Placentero  
Se acostó,

Y durmió  
Toda la noche  
Como en coche,  
Sí señor.

Y lector  
Hasta otro día  
Todavía  
Me has de ver

Si á los dos  
Dios nos acude:  
Él te ayude  
Á mí tambien.

Y ella en cambio  
Aquel abrazo  
En fuerte lazo  
Devolvió.  
**FIN DE LAS GEMELAS.**

## DESCRIPCION DEL ACUEDUCTO

Con el fin de que aquellos de nuestros lectores para quienes sea totalmente desconocida esta obra, á la que nos hemos atrevido á dedicar nuestro insignificante escrito, puedan formarse alguna idea de ella, siquiera sea ligera, nos ha parecido oportuno presentarles á continuacion una breve descripcion de la misma.

Esta famosa obra fué construida en el tiempo de la dominacion romana con el objeto exclusivo de conducir agua potable á la ciudad alta.

Algunos autores, sin embargo, quieren hacer remontar su construccion á época más apartada; pero esta idea no puede aceptarse razonablemente, habiendo para ello grandes fundamentos.

En primer lugar, se sabe por un escritor de últimos del siglo XV ó principios del XVI (autor del *Diálogo*

de las lenguas, citado por D. Gregorio Mayans y Sis-car en su obra *Orígenes de la lengua castellana*) que existían en aquel tiempo en nuestro Acueducto inscripciones en letras romanas. Sus palabras son las siguientes: habla de Mosen Diego Valera y de su estilo, y añade «que es gran parabolano, porque entre algunas verdades os mezcla tantas cosas que no fueron »y os las quiere vender por averiguadas, que os hace »dudar de las otras, como sería decir que el conducto »del agua que está en Segovia, que llaman puente, fué »hecho por Hispan, sobrino de Hércules, habiéndole »hecho los romanos, como consta por algunas letras »que en el día de hoy se ven.»

Aparte de declaración tan importante, nos lo indica también su forma, ya bien cotejada con otros edificios ó restos de ellos de construcción semejante al de Segovia, y que por sus inscripciones ó por la historia se sabe que fueron hechos en aquella época.

Hay por otro lado diferentes datos para demostrar que solo entonces pudo tener lugar una construcción tan señalada.

Poco hablan y ligeramente los historiadores romanos sobre nuestro pueblo, como lo hacen de los demás de España; pero en eso poco se manifiesta el valer de esta ciudad en tal época.

Tito Livio nos dá á entender con claridad que en tiempo de las guerras de Sertorio, cuya suerte seguía Segovia como ciudad confederada, era éste el punto de reunión de la conscripción militar de muchos pueblos, y á ella enviaba á sus generales á recoger las tropas para engrosar el ejército.

Gran número de lápidas con inscripciones sepulcrales, votivas y de diversa índole, encontradas en varios puntos de la ciudad, de las cuales aún se ven algunas, especialmente en las murallas, en las cuales aparecen esculpidos nombres de los más famosos de la antigua Roma, del tiempo de la república, de los Césares y del imperio; monedas de aquella época llegadas hasta nosotros y acuñadas aquí, hallándose en algunas de ellas escrito expresamente el nombre de Segovia: todo esto, repetimos, es prueba é indicio manifiesto de la gran consideracion de esta ciudad en tan remota edad, en la cual solo se comprende que pudiera ejecutarse una obra de esta entidad.

Pero el intentar señalar la época fija en que se hizo y el nombre del arquitecto que la dirigió no es tan fácil conseguirlo, no existiendo ya las inscripciones que había en el Acueducto y que sin duda lo declararían.

La mayor parte de los escritores que han tratado de él le atribuyen al emperador Trajano, dando cada cual para ello sus razones, que no podemos considerar concluyentes, puesto que en tiempo de este emperador se llevó á efecto el decreto de su antecesor Nerva para abatir á sitios bajos y fáciles de combatir las poblaciones que estaban como Segovia y otras en elevadas y fuertes posiciones; además de eso, el cónsul Tito Didio había tomado por sí de antemano muchos años antes esta determinacion abatiendo á la misma Segovia y Termes.

Es, por lo tanto, de presumir que antes de aquel emperador, por lo ménos un siglo, estaría ya en pié tan bella fábrica.

Es, en efecto, esta obra de una construccion admirable y debió tener, relativamente hablando, un coste asombroso y una duracion de muchos años.

Toda ella es de piedra de granito que parece labrada solo á pico. La forma de su fábrica pertenece al órden griego, manera de edificar que por lo general adoptaren los romanos en sus lujosas construcciones.

Lo más digno de esta obra y lo que realmente atrae la atencion del observador es su parte arqueada, que abraza una extension de 2.921 piés.

Se compone de arcos y grandes pilares, de mayor ó menor altura, segun el desnivel del terreno que era preciso salvar.

En la longitud de unos 1.900 piés la série de arcos es sencilla, es decir, de uno solo; pero en los restantes 1.000 piés, poco más ó ménos, hay dos órdenes de arcos, uno sobre otro, que presentan una vista encantadora mirándolos de cierta distancia; y admira el ver cómo con tan estrecha base se sostiene en pié despues de tantos siglos, tan pesada mole y con una elevacion que en algunos sitios pasa de 100 piés.

Esta es la parte más hermosa del edificio y se conserva intacta desde su primitiva construccion, salvo las injurias del tiempo que han desgastado ya sus cornisas y otros adornos arquitectónicos que debieron embellecerle maravillosamente de recien construido.

En esta parte es donde debieron estar las inscripciones de que habla incidentalmente el autor antes citado; porque sobre los dos arcos inferiores más elevados que asientan en la plaza del Azoguejo se ve un sotabanco de unos 50 piés de extension sobre que descansan los

otros dos arcos superiores; este sotabanco lo forman tres hiladas de piedras. Cada hilada contiene un considerable número de agujeritos, que colocados con regularidad corren por toda la extension de la primera y segunda hilada, quedando algo más recogidos en ambos extremos en la tercera inferior, en la que solo abrazan unos 20 piés yera el final de la inscripcion. Estas, segun se ve, eran dos, una á espaldas de la otra, ó dígase, puestas en ambos frentes del Acueducto, y su explicacion muy lata, puesto que los renglones cogian muy larga distancia.

Las letras debieron estar fijadas con clavos, y estos á su vez sujetados con plomo dentro de los agujeros, y en fuerza de los siglos se han ido desprendiendo una tras otra sin reemplazarlas.

De alguno de estos agujeros extrajo algunas porciones de aquel metal el arquitecto D. Antonio Ortiz cuando los reconoció en 1807, y el mismo señor dá el parecer de que estos agujeros no podian tener otro destino que sostener las letras de alguna inscripcion.

Tambien nos dice que el sotabanco en su centro está hueco en toda su extension con una anchura de 2 1/2 piés y 6 de altura, y se inclina á creer que eran sepulcros.

Sobre el sotabanco, y formando parte del pilar del arco superior del medio, hay una especie de templete por ambos frentes del Acueducto, en cuyos huecos existian estátuas del Dios Hércules, cuya adoracion en Segovia, como debe pensarse razonablemente, era general cuando se construyó esta grande obra, puesto que pusieron en ella sus estátuas, así como en el año de 1520

quitaron éstas reemplazándolas con las de la Virgen y San Sebastian, titular de la parroquia del que costó estos trabajos, que era ensayador de la casa de moneda, cuyo edificio radicaba en aquella feligresía; teniendo aquí exacta aplicacion los versos de Virgilio:

*Sic vos non vobis, &.*

En los tiempos de Isabel la Católica y en la série de arcos sencillos, se hallaban caidos ó ruinosos algunos de éstos, que se volvieron á edificar. Dirigió esta reparacion Fr. Juan de Escobedo, monje de este monasterio de San Gerónimo del Parral, ya suprimido, y ejecutaron las obras García y Juan de Aras, hermanos; Juan de Guega y Diego de Rivas, quienes si bien lo hicieron con maestría, no llegaron, sin embargo, á la perfeccion y firmeza de la obra antigua.

Ya parte de estos mismos arcos volvieron á reedificarse en el año de 1868, costeándolo el Ayuntamiento de esta ciudad y la nacion.

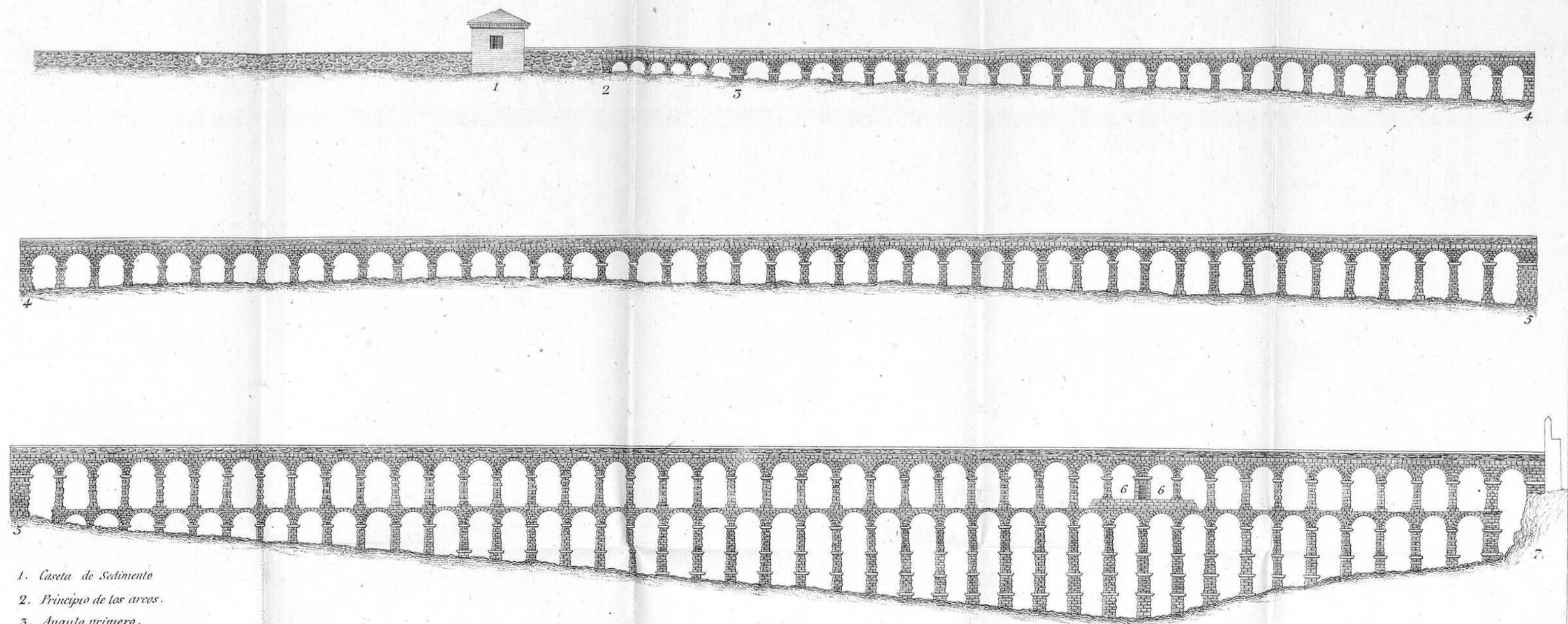
El agua viene acanalada por encima de este edificio, y se tomó de varios manantiales de la Sierra de la Fuenfria, tres leguas de esta ciudad, y son de admirar (como dice el Sr. Somorrostro al hacer su exacta descripcion en su bien escrita obra *El Acueducto y otras antigüedades de Segovia*, en cuya presencia escribimos este artículo), los trabajos que se ejecutaron para encaminarla desde allí hasta la poblacion, adonde llega por una acéquia abierta á pico y azadon.

Esta acéquia se halla descubierta desde la Sierra hasta la ciudad, lo cual acarrea á veces considerables

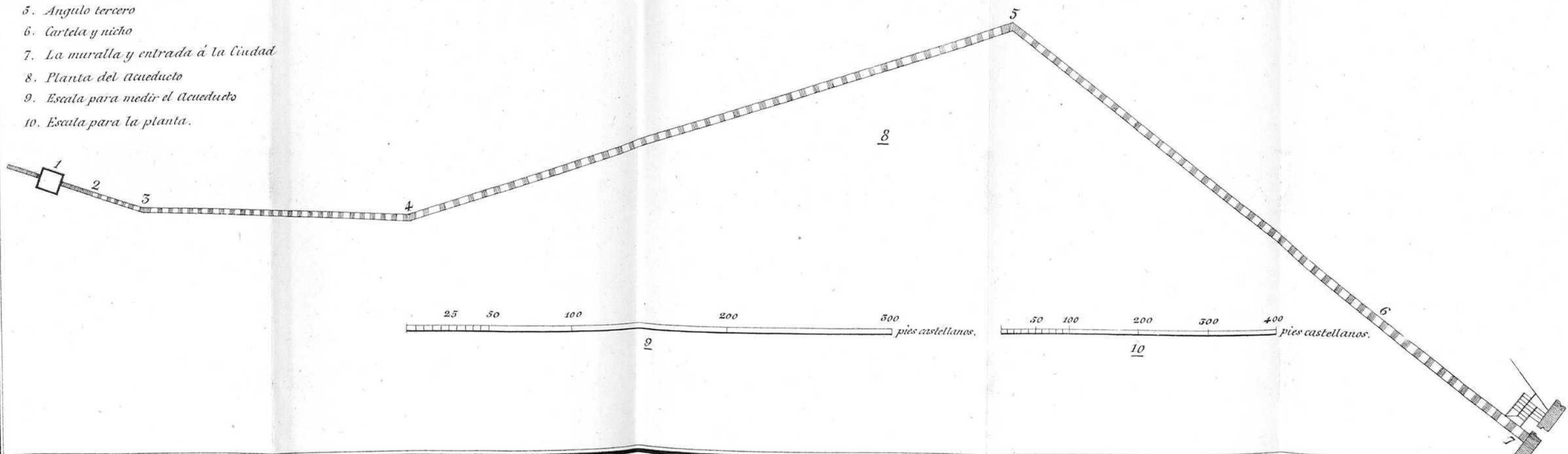
perjuicios á la poblacion, que suele carecer de agua en la época de los grandes hielos, así como tambien durante los fuertes calores del estío, por causa de la evaporacion grande que sufre en tan largo camino.

Por lo demás, son dignos del mayor elogio y merecen toda la gratitud del habitante de Segovia los grandes desvelos que en todos tiempos han desplegado nuestros municipios en su conservacion, y á los cuales se debe el que se presente aún á la admiracion de todos esta excelente obra que sostiene entre nosotros indeleble la memoria de la antigua Roma.





1. Caseta de Sedimento
2. Principio de los arcos.
3. Angulo primero.
4. Angulo segundo
5. Angulo tercero
6. Cartela y nicho
7. La muralla y entrada á la Ciudad
8. Planta del Acueducto
9. Escala para medir el Acueducto
10. Escala para la planta.



ACUEDUCTO DE SEGOVIA.



## DAS GEMEINE

Die allgemeine Bevölkerung ist in der Regel  
auf die drei Hauptgruppen eingeteilt, nämlich  
die städtische, die ländliche und die  
industrielle Bevölkerung. Die städtische  
Bevölkerung ist diejenige, die in den  
Städten wohnt, die ländliche diejenige,  
die in den Dörfern und auf dem Lande  
lebt, und die industrielle diejenige,  
die in den Fabriken und Werken  
beschäftigt ist. Die allgemeine  
Bevölkerung ist die Summe aller  
dieser drei Gruppen.

## LAS GEMELAS

---

Se vende este libro en Segovia, á 11 rs., en el Almacén de papel de Alba, Plaza Mayor, núm. 28.

En casa del Autor, calle del Mercado, núm. 45, adonde pueden dirigirse los pedidos del reino, enviando su importe en sellos de franqueo.

Si el pedido es de 20 ejemplares en adelante, se enviará libranza sobre Segovia ó Madrid, á razón de 9 rs. ejemplar.

Para América ó el extranjero se servirá con las mismas condiciones, señalando un punto en Madrid, Barcelona, Santander y Cádiz adonde dirigirlo.

